
VARGAS VILA
ARCHIPIÉLAGO
SONORO


hbl, stx
PQ8179V3A781913
Archipielago sonoro.
3 9153 00332176 9

J. M. VARGAS VILA

Archipiélago Sonoro



LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida Cinco de Mayo, 45

1913

ESTAS PROSAS...

Dar un Canon Eterno, á la Estética, es renunciar a ella;

el Absoluto Estético, es un error metafísico, como todos los dogmas;

no hay forma *definitiva* de Belleza, adquirida por los hombres;

la Estética, es poliforme y, concentriforme;

todos los métodos de expresión van a ella y, surgen de ella;

no hay que pedirles sino que sean bellos; esa es su razón de ser;

todo Artista *verdadero*, es un creador de su Visión, y, tiende a ser un creador de su medio de expresión;

en la impotencia de crear formas nuevas, arroja su inspiración por los cauces más en armonía con su temperamento y, con los lineamientos de su Visión;

todo Escritor, tiende a ser un Dominador;
en todo Poeta, hay un Orfeo;
el dominio absoluto de las almas, es su aspiración;
de ahí su tendencia a los medios más armoniosos y, más impresionantes de expresión;
un hombre de Genio, está por sobre todos los cánones de la Estética, pero, no está, no puede estar nunca, fuera de la Estética;
el cercado, que detiene al rebaño, no detiene el vuelo de las águilas; éstas pueden ir muy alto, lejos, muy lejos del cercado, pero, no pueden ir más allá de los límites del cielo; el Infinito las aprisiona;
la Libertad, es, el Alma de la Vida, y, la Estética, es demasiado noble, para querer estar fuera de ella;
el Artista verdadero, no se limita; todo medio de expresión le es bueno, siempre que esté dentro de la Belleza, porque fuera de la Belleza, ya no hay Arte;
cada alma, busca su propio ritmo; y, el Genio, los posee todos;

Vargas Vila, se ha defendido siempre, de haber escrito y de escribir versos;

el Pegaso áptero, no ha sido su corcel de guerra;

la Prosa alada y, victoriosa ha sido su único instrumento de combate;

nadie ha amado como él, a los poetas; pero, nadie los ha envidiado menos;

se sentiría deshonrado, si se le supusiese enemigo de los poetas;

se sentiría calumniado, si se le contase en el número de ellos;

ya lo ha dicho en alguna parte; « su pluma, no tiene la forma de una lira, sino la de una espada »;

el vuelo de los cisnes, lo enamora, pero, ama más el vuelo de las águilas...

él, no nació para ser coronado con las rosas

de Platón, y, no fué por Poeta, que lo pusieron fuera de las fronteras de ciertas Repúblicas...

su armonía, si tiene alguna, es, la del Caos;

está demasiado hecho al vuelo en las tinieblas, para cantar con las alondras, el nacimiento de las auroras;

la rima le seduce para escuchada, pero no para cantada por él;

su hábito de hablar a los hombres, le hace ignorar el lenguaje de los dioses;

las alas estremecidas de las estrofas, llenas de claridades, no son las alas de su estilo, obscuro de tempestades;

las Musas, no lo han mirado con sus ojos de zafiros estelares;

sus labios no han bebido en la copa del Verso, demasiado estrecha para apagar su Sed;

se ha limitado a amar el Verso, sin ensayar hacerlo;

ha amado mucho los poetas y, las rosas: ellos han sido la mitad de su Inspiración;

las Musas, le han sonreído, es Verdad... pero las Musas de la Tragedia, cuya voz carece de armonía;

hace horizonte a su cabeza, una nube de guijarros, y, no el enjambre dorado de las cumbres del Himeto...

no la miel de esos panales, sino la hiel del centurión, humedeció sus labios ;

y, el dicterio, no el cántico, fluyó de ellos ;

la vida rítmica de la Palabra, no le es extraña ; pero la del Verso, sí ;

el Verso, lo ahogaría, en sus tejidos de oro ;

las bruscas alas de su estilo, rompen la estructura clásica de las estrofas ;

el poder imaginativo de sus visiones verbales, descoyunta los hemistiquios, despedaza el endecasílabo, y, arroja al viento las cenizas del venerable alejandrino pulverizado ;

su impotencia de entrar en la Métrica, lo hace rebelde, contra esa cárcel de cristal ;

su alma, grita a veces, como perdida en la Noche ; pero, su grito no tiene diapasones, musicales ;

la gama clásica, no regula sus gemidos ;

acaso, la dislocación intempestiva del Verso, forme a veces, las aliteraciones sonoras de su prosa ;

y, acaso también, sean fragmentos de rimas,

incrustados en sus períodos, los que hacen la belleza mórbida de algunos de ellos ;

tal vez haya vivido un Poema ; pero, no lo ha cantado ;

el secreto melodioso del Verso, ha consolado sus tristezas, y, le ha bastado eso, para no querer hacer de sus tristezas, un Verso ;

de los pétalos maravillosos de la Rosa de la Poesía, ha cogido aquellos que la tempestad llevó hasta su soledad, y, ha escrito sobre ellas, el tumultuoso dolor de sus pensamientos ;

su alta pasión de Arte, lo ha llevado a ensayar formas múltiples de expresión, sin tocar nunca la candorosa tenuidad del Verso ;

toda flauta de cristal, se rompería sobre sus labios, donde el clarín ha sonado, en sus más acres vibraciones épicas ;

los ojos malos de la Vida, lo han mirado en lo más hondo de su corazón ;

los labios sensuales de la Vida, lo han besado en lo más secreto de su corazón ;

y, él, ha dicho esas cosas de su corazón, y, de la Vida ;

las ha dicho en estas *Prosas Sonoras*, en las

cuales ha puesto, toda la arquitectura musical de su dicción;

esta forma, querida a su estilo, no es el Verso, y, está muy lejos de él;

« Prosas Rimadas », debería ser el título de este libro, si Vargas Vila, no tuviera el horror de los títulos *que explican ;*

un título, que explica un libro, lo destruye;

después que un título, dice lo que un libro encierra, leer ese libro, es una aberración;

en Arte, todo lo que lo explica, lo complica;

de ahí la aversión de Vargas Vila, a los Prólogos, didácticos;

sin esa aversión, él, diría muchas cosas, sobre la forma literaria de este libro ;

se rehusa a hacerlo, porque esa pedagogía de la trivialidad le es odiosa;

y, en él, sería inútil, porque siendo su público exclusivamente de intelectuales y, de artistas refinados y sapientes, ese público, sabe tánto como él, lo que decirle pudiera, sobre esta forma de Arte, manera de estilo, apta para vocalizar sus sensaciones, aquellos que llegan al pórtico del Templo de las Musas, sin entrar bajo sus domos gematizados,

ni libro de Poeta, ni libro de Poesía, es este libro ;

libro de Pasión, y, libro de un Apasionado, es ;

tal vez un soplo trágico lo atraviese ;

toca al que lo lee, evocarlo del Silencio de la Palabra escrita ;

toda Belleza, es una Revelación, y, no se muestra sino á los que iniciados en su culto, saben desgarrar los siete velos de la Sacerdotisa de Isis ;

cuando no se lleva la Belleza en el alma, toda Obra de Arte, es un desierto ;

las obras de Arte, no son escritas sino para los Artistas ;

las obras de élite, no tienen sino un público de élite ;

y, el público de las Almas Superiores, es más extenso de lo que se cree ;

sin eso ¿ cómo explicarse, la fortuna creciente de ciertos autores y, de ciertos libros ?

cada quién se hace el Idolo, que merece ;

todo Idolo, es un reflejo del Adorador...

Adorar, es adorarse.

Paris — 1913.

SALMOS DE LA VICTORIA

I

Yo, vi la daga certera, que se templaba en la hoguera, por la mano traicionera que iba a alzarse contra mí;

yo, la vi...

el golpe recibí...

y, cuando me volví, sin lanza y, sin escudo, tembló el paisaje mudo...

así;

como si viera el dorso espeluznado de una fiera...

y, se borraron en la sombra vaga:

el Camino;

el Asesino;

la Daga;

y, el resplandor siniestro de la Hoguera...

. . . .

Todos desaparecieron en la Noche, ante el astro triunfal de mi Reproche;

Reproche mudo;

como un Escudo.

II

Yo, miré la fronda obscura; fronda impura,
donde se urdía la celada...
y, vi al amigo traidor, refugiarse en la embos-
cada, para dar su puñalada;
la sentí;
y,
cuando caí;
así;
herido por la espalda;
vi,
borrarse ante Mí;
el verde gualda del jaral,
encubridor,
y, el Puñal,
y, el Traidor...

aullando su Delito...
¡oh Judas!...
¿cuándo acabará tu grito?...

III

Vi los galgos ululantes, por los senderos distantes seguir mis huellas...

oí, ladrares amenazantes, tras de Mí...

sentí,

a los lebreles tezones, mordiéndome los talones;

me volví;

y...

¿dónde están los lebreles?

¿dónde los galgos más fieles, disparados contra Mí?...

bastó el fulgor de mi mirada dura, para barrerlos, como un huracán, de la llanura...

desaparecieron en la lejanía, como los fantasmas cuando viene el día;

como la bruma, de un paisaje, de súbito iluminado;

ó, un miraje alucinado;

que se esfuma.

IV

De mis enemigos la atrevida raza, por los campos todos, quiso darme caza...

durmieron inquietos de mi lejanía...

y, hasta mis desiertos llegó su jauría; en persecución;

no muere esa raza de recios mastines ;

raza de Caínes;

y, de inquisidores;

raza de traidores ;

y, de malandrines ;

de turiferarios y de versolarios de la Adulación;

raza mestiza y confusa de serpiente y de lechuza;

¡raza de villanos y, de cortesanos, que un

dogal hicisteis para mi garganta... cuando fuí en desgracia!...

¿dónde vuestra Audacia y, vuestra Osadía?

. . . .

. . . .

el sol se levanta sobre el mismo campo que alumbró la guerra...

roja está la Tierra;

suda sangre y, pena,

¡pues tantas bebió!...

y,

Yo,

en pie;

miro los senderos vacíos;

¿a dónde están los enemigos míos?

¿a dónde los perdigueros; los arqueros que llevaban yataganes?

¿dónde monteros y, canes?

¿dónde están?

¿dónde su loco afán?...

fueron idos;

huyeron despavoridos;

¡allá van!...

ya dispersos y, vencidos;. . . . .

. . . .

mirando huir la jauría, por la agreste lejanía;
en mi aislamiento salvaje;
sin amor a la Victoria, a la Gloria, ni al Paisaje;
sobre ese mismo paraje que miró el combate recio, duerme el Can de mi Desprecio;
sin Coraje.

V

Mis pies se sangraron;
mis pies fueron lacras, que dejaron huellas de sus pesadumbres, por los grandes llanos y, las agrias cumbres...
por las playas y, por los puertos...
por los desiertos y, por las urbes;
los grandes caminos de los peregrinos me vieron así;
los lobos bajaron hasta la llanura, para hacer pasto de mi desventura;
yo, me defendí;
y, los lobos vencí;
en la Noche Obscura;
la escala de Jacob, se alzó sobre el estercolero de Job;

pero, la batalla cruenta de esas horas carniceras, no fué entre el Hombre y, el Ángel; sino entre el Hombre y, las fieras;

y, cuando la Noche fué decapitada por el Sol radioso,

miré mi jornada de fuerza y, de brío;

y, de lobos llena, miré la hondonada;

de lobos heridos, o, de lobos muertos, que yacían inermes o daban quejidos, huyendo vencidos hacia los desiertos...

¡triunfos miserables!

¡victorias fugaces!...

sobre los rapaces;

y, los voraces;

y, los despreciables...

eso, no es la Gloria;

eso es envilecer el Esfuerzo y la Victoria;

¡Oh, triste Destino, que echaste los lobos sobre mi camino;

que asi los lanzaste en mi seguimiento;

y, así me humillaste con su Vencimiento;

¡toma pues mi lanza; lanza deshonrada por el enemigo y por la jornada;

y, que entre tus manos sea purificada, de la sangre abyecta, con que fué manchada;

¡clávala en la arena!

y, á su sombra fiera, temblarán los lobos en su madriguera.

VI

A los ojos que velaron tenaces en los senderos, para ver los perdigueros, que venían contra Mí;

¿cómo los pagaré?

de mis manos haré sellos de ardiente fraternidad;

y, las pondré sobre aquellos ojos de pura Amistad;

que por Mí, velaron en insomnios largos... y, en días muy amargos de persecución;

ojos, que por Mí, espiaron!

¡tristes ojos que lloraron!

¡tomad mi corazón!

. . . .

. . . .

y, las bocas atrevidas, las bocas denunciadoras, que muy cerca a las guaridas, gritaban asordadoras, el venir de las jaurías...

y, que se callaron cuando el triunfo vino...

¡bocas adorables para mi Destino!...

¿á dónde ahora están?

inertes y, mudas, después del Afán...

de mis labios haré sellos;

sellos de amores tardíos;

y, con ellos, besaré esos labios bellos... labios fríos!...

Silenciosos en sus arcanos reposos...

y, esas bocas adivinas, besaré;

bocas de Amor y de Fe... que un tiempo fueron bocinas que tocaron somatén...

¡bocas de Esfinges vencidas!...

callaron y, ya son idas;

mudas y desvanecidas...

no se escuchan;

no se ven...

VII

No hubo viento religioso, que soplara en mi bandera, durante el combate rudo ;

ni hubo dios sobre su escudo ;

ni hubo cruz en sus cuarteles...

¿ por qué entonces tuvo fieles ? ¡ tántos fieles !...

porque fué el Símbolo vivo, de lo más noble y altivo : la Libertad...

de ahí, su Autoridad ;

y, por eso florecieron esperanzas a su sombra ; como un gran rosal en Mayo ;

¿ tuvo Ocaso ?

cuando el rayo la partió...

fué el viento turbulento, no mi mano, el que la arreó ;

¡mi bandera cuando niño;
mi bandera adolescente;
la bandera de mi heroica juventud!
la bandera que el armiño de mi frente, ya cercana al ataúd, se complace en saludar!...
¡bandera vencida, que aun cubre mi Vida, en la triste calma de un valle lunar!.....
bandera por tierra...
¿volverá a la guerra?
desplegada al viento, ¿volverá a ondeär?
¡oh! mis viejas manos... manos ateridas por la ruda escarcha de las tantas vidas como yo viví;
¿la desplegarán?
y, de mis hermanos en la ruda marcha, las mesnadas idas y, desparecidas, que taladas fueron por el enemigo, en los rojos campos, como blondo trigo; ¿no resurgirán?
y, ¿el pendón caído no levantarán?
¡horas de tristeza!
¡horas del Vencido!
del que está ya inerme, del que está caído, del que ya tan cerca de su propia tumba, ve que se derrumba el pálido Sol...
que alumbró su Vida;

y, fué su quimera, antes que cayera sobre su bandera...

arriada y, vencida...

SALMO DE LA GLORIA

I

Vuelvo los ojos con encanto, a los parajes del llanto, donde florecieron los jardines de la Desolación...

donde se abrieron las rosas de mi Crucifixión...

en ese huerto de mi Martirologio, crecieron, es verdad, las rosas del Elogio;

hicieron una floración magnífica, sobre los parajes de la Retórica;

eran bellas; pero no las amé, y, no las amo, porque odié y, odio, toda forma de Reclamo...

no sé por qué me pareció ver, dormido en su cáliz, el gusano de la Perfidia;

perferí aquellas que me ofreció la Envidia;

tan pálidas, tan anémicas, a pesar de ser envenenadas y, coléricas...

eran crueles y bajas y, rastreras;

pero eran tan sinceras !...

y, yo, amo la Sinceridad, por sobre todas las cosas de la Humanidad;

yo, amé aquellas rosas, rojas como el puñal de Armodio, que me ofrecían temblando, la Cólera, y, el Odio;

en mi existencia, las más amadas mías, fueron las rosas de la Violencia, y, las de las más profundas melancolías...

hubo otras negras, como el Abismo; las rosas de mi Ostracismo;

otras, fueron como hechas de esmaltes, en una maravillosa combinación;

parecían rencorosos gerifaltes, posados en los puños y, en los hombros, de la estatua de un Faraón;

fueron las rosas cruentas, las rosas de las afrentas, aquellas con que todas las virtudes de las multitudes y, todos los deseos de los fariseos, me adornaron, como a un Cristo, apenas entrevisto en las idealidades del Futuro, y, el cual hubiese hecho el gesto de libertarlos;

las manos de aquellos publicanos, hicieron el Milagro de la Transfiguración de las Rosas; sobre el Agro y, sobre mi frente, las hicieron sonoras y escandalosas;

y, se vió en mi corona de martirio, uno como delirio de vegetación, pues cada hoja, se hizo una rosa roja, perfumada de Sándalo;

las rosas del Escándalo;

las rosas del Ultraje;

las rosas del Insulto,

aquellas con que el canallaje estulto me coronó;

ésas, las amo yo;

amo esas rosas brutales, que semejan cardos, más que las rosas sentimentales y, la caricia de ámbar de los nardos, con que Hadas líricas, coronaron mis horas románticas, poniendo sobre mi cabeza, la corona obsesional de la Tristeza...

¡traedme mis rosas trágicas, mis rosas melancólicas, aquellas que adornaron mi Calvario...

que ellas me sirvan de sudario...

y, se extiendan después, salvajemente, cubriendo mi sepulcro solitario...

SALMOS DE LA PIEDAD

I

Yo, no deshonré mi espada, poniéndola sobre el pecho descubierto de un Vencido;
le tendí, la mano mía;
por eso fuí herido,
de su Villanía :
y, tarde digo :
¡Ay de aquel que no ultima, á su Enemigo!...

II

Yo, dí cobijo, al que vino en la noche deso-
lada a tocar en mi cortijo;
pasó mi portal amigo;
le di abrigo;
como huésped fué sagrado...
después...
hecho legionario, a los gajes de un Tirano;
volvió...
y, el Hogar hospitalario profanó, el preto-
riano...
y, extremó su Crueldad, sobre el seno abierto
de la Hospitalidad;

. . . .

cerrad la puerta que da al camino;
NO DEIS NUNCA POSADA AL PEREGRINO.

III

Rosas de sangre florecían mil, sobre aquel pensil, sangre de labios torturados por los besos en divinos excesos; rosas de fuego, que con sus sabias manos de ciego, sembró el Amor...

¿quién las hizo malas?

¿quién las hizo crueles?

¿quién robó las mieles, y, puso las hieles, en sus rubios cálices, y mató el olor?

preguntadlo a la lengua del amigo, que sembró la leyenda;

que os lo diga el Mendigo-Poeta, que de mi buhardilla, su escudilla sacó repleta; . . . .

. . . .

si os sobra la comida, arrojadla al viento;

NO DEIS NUNCA DE COMER AL HAMBRIENTO.

4.

IV

Su ignorancia, era una sed;

jadeante vino a mí;

yo, le di con qué su sed aplacara, bebió en la fuente clara de mi dicción, y, en las ondas profundas de mis conocimientos;

apuró el río de mis pensamientos, y, bajo el ala mía, se nutrió de Ciencia y de Arte, y, de Belleza y, de Poesía;

partió, entre pesares muy vivos, dándome el beso augural de los Olivos;

triunfó;

y, ahora, vencedor, ágil y, diestro, se vuelve contra el Maestro, y, de la fuente pura, hace un raudal de lodo, para arrojarlo a aquel de cuyos labios aprendiera todo;...

y, aprieta entre las manos los escudos, con que Césares rudos, pagaron su vileza, para hacer así, más espesa, más larga y, más amarga, la Noche de Getzemaní;

. . . .

. . . .

guardad las linfas de vuestro Pensamiento;
NO DEIS NUNCA DE BEBER AL SEDIENTO.

V

¿Quién hizo esta úlcera en el pecho mío?

¿recordáis aquella cabeza blonda, que como la onda de un lago de oro, reclinó el tesoro de su belleza, sobre la tristeza de mi corazón!

era una estrella en duelo...
me pedía un consuelo ..
yo, ensayé consolar tánta aflicción...
era una sierpe bajo la maleza;
se llamó la Traición...
a la Traición nada resiste;
NO CONSOLÉIS AL TRISTE...
no consoléis de nadie la tristeza;
hallaréis una sierpe bajo la maleza;

VI

La Bondad, es un veneno; el peor de los venenos;

no seáis buenos;
no seáis buenos;
no seáis buenos.

SALMOS
DE LA
VOLUPTUOSIDAD

I

Tus pupilas, semejaban esa tarde, dos violetas que el crepúsculo hacía tristes ;...

un crepúsculo amoroso, que en tu almohada deshojaba muchos besos, como rosas en sus lentas agonías...

el azul de tus pupilas, que se ahogaba en el crepúsculo, era obscuro como el ala de un cisne negro, extendida sobre el lago, en esa hora inexpresable, en que el Silencio duerme, en las corolas de los ninfeos pálidos ; exhaustos, corazones en destierro...

la cólera y, los celos, hacían torba tu mirada ; una gran agua turbada por el viento, parecía ;

desnuda, como el mármol de una Victoria, de

antigua memoria, a la cual el tiempo rompió las alas, que protegían la Ciudad;

como una perla, que la tempestad arrojó sobre la arena; llena de una belleza helena, soñabas con tu rencor inicuo, bajo el rayo del divino sol oblicuo;

del edredón forrado en rojo, sobre el blando plumaje, emergías, como una Diana, dormida sobre el follaje, purpúreo de una selva autumnal.

había mucho de salvaje en tu actitud altanera; mitad diosa y mitad fiera;

pero había más de pantera que de diosa, en tu mirada de mujer celosa;

no eras bella así;

y, en cuanto a mí, te hallaba simplemente odiosa;

al verte inerte, fuí feliz, creyendo que la Muerte, te había herido en tu lecho de Lujurias;

tus hermanas las Furias, tardaban en llevarte al Erebo;

estatua del Pecado, tendida en un sepulcro...

estatua del Deseo, sumida en la quietud...

desnuda como un nardo, sobre el fondo escarlata..., que no quiso servirte de ataúd...

¡cómo la Muerte es esquiva!...
¿por qué es necesario que el Mal, viva?
tus grandes ojos se entreabrieron...
los abismos del Mal se enternecieron...
se distendió la curva de tus labios; cansados del Silencio, después de los agravios...
con un ritmo de serpiente entre el boscaje, tu cuerpo se movió, en las penumbras del cortinaje; con una gracia perezosa, en un bello gesto lascivo, lleno de encanto animal...
y, sonó tu risa de cristal;
irónica?
cínica?
a mí, me pareció, brutal...
¿por qué se animaron tus pupilas, que semejaban aguas muertas?
¿por qué hablaste?
¿qué dijiste?
hecha divinamente triste...
y, otra vez fuiste bella...
y, en tus ojos de estrella, tu espíritu proteo, prendió otra vez los fuegos del Deseo...
y, tus labios ambiguos, prometieron los besos, esos besos antiguos, besos llenos de perversidades y, de refinamientos...

y, en el fondo turbado de tus pensamientos, surgieron las escenas mal sanas de las viejas orgías...

y, tus manos vacías, se extendieron hacia mí...

y, me atrajiste...

y, me besaste...

y, me venciste...

perdoné tus agravios;

sobre tus labios,

sobre tu seno,

bebí el veneno

cálido y triste...

que tú me diste...

y, abyecto, y, miserable y, sin Honor,

el Placer me venció, que no el Amor...

y, en los brazos mefíticos del Vicio, celebramos el nuevo Esponsalicio...

II

El crepúsculo amatista, como el alma de un geranio, en el cielo se moría...

y, envolvía la Ciudad en el manto sinfonista de su gran duelo calmado...

hora místicamente triste...

en esa iluminación de vieja acuarela, apareciste...

con tus ojos de miosotis, tus cabellos de oro viejo y, el reflejo espiritual de algo muy noble en el porte distinguido de tu cuerpo alto y erguido, principesco y, señorial...

llevabas tu cabeza como una hostia, con el supremo orgullo de tu raza, una raza de Honor...

tu silueta exquisita, semejaba un pistilo de flor;

¿por qué adiviné en tus ojos, el resplandor siniestro del adorable Amor?

del Amor Insondable!...

tenebroso, insaciable

esa serpiente alada, que vuela y, que se arrastra...

que no se sacia nunca...

que no muere jamás!...

¿por qué, tu altivez, inmutable y, soñadora, se detuvo ante el viajero triste, que tántos años separaban de tu radiosa adolescencia, y, que miraba pasar tu Belleza, como un buitre vencido, mira en el fondo de un lago, el resplandor de una estrella?

¡fué triste nuestro Idilio! ¡triste y, breve!...

la copa de mis labios, bastante fué para apagar tu sed...

pero, ¡ay! mi corazón amortajado, no pudo vivir para el Amor, que no vino entonces, que no ha venido nunca, que no vendrá jamás...

y,

fatigados de las fiebres encantadoras que el Imposible aviva;

ebrios del secreto doloroso de nuestro Amor;

torturados por el veneno mortal de nuestros besos...

exhaustos del goce letal de las caricias...

la Piedad por nosotros mismos, nos venció...

y, nos separamos;

un día, en una hora de obscuridad y, de Dolor... nos dijimos: ¡Adiós!...

se fué tu juventud, en las tristezas de su Inmutable Sueño...

« llevando mi imagen en el turbado espejo de tus ojos »;

y, « en el abismo del corazón sin calma »;

así me lo dijiste;

¡en tus ojos, donde se ahogó el último reflejo de mis sueños!...

en tus ojos, que poco después, se habían de cerrar para siempre, en las riberas de un canal dormido, en la ciudad, de los lirios lacustres, y, los divinos sueños de cristal...

avivada tu Voluptuosidad por los mirajes, de las obscuras aguas tornasoles...

pensando en los estremecimientos de la fiebre, que hacía temblar nuestros abrazos...

en las voluptuosidades, tan divinamente crueles, que hacían sangrar nuestros labios...

y, triste, de la esquivez helada de este mi corazón...

mundo sin Vida, donde el Amor, no ha pasado nunca... no pasará jamás...

III

Acaricia las melenas de ese león viejo y, vencido, que nadie ama...

acaricia sus melenas ;

y, el secreto de sus penas... no lo digas ; no lo digas...

pon tus dos manos amigas, en la frente del salvaje Solitario, que no tiene más corona que el silencio de los montes ;

los siniestros horizontes del crepúsculo incendiario que reflejan sus pupilas,

apágalo ;

inclinando sobre ellas, las tuyas tan tranquilas ;

con la serena limpidez de un lago, coronado de estrellas ;

el halago de tu voz, apague el estertor de su rugido...

¡pobre león vencido, que no tuvo otro encanto, que la emoción suprema del combate y, el espejismo audaz de la Victoria.....

sobre su frente, triste en ese Poniente de la Vida y, de la Gloria, lleno aún del rumor de los agravios... pon tus divinos labios ;

¡labios puros, como los albos nardos, y, los lirios!...

apaga los delrios del león en agonía, poniendo la corona de rosas de tus besos, llenos de tan ideal Melancolía, sobre aquella cabeza, por tántas tempestades consagrada ;

adorna con las rosas de la terneza, la melena hirsuta, encanecida...

y, que muera de rosas coronada, la pobre fiera, que cayó vencida.

IV

El estanque...
¿lo recuerdas?
era obscuro y, enigmático;
silencioso como un Símbolo;
pesado de Misterio...
doliente y pálido moría el crepúsculo...
azules, lánguidas, las ondas se dirían hechas de átomos de almas, ahogadas en su seno;
florecía la luna;
iris cándido en el azul lejano;
el sueño del agua se hacía tétrico bajo el reflejo de oro de los cañaverales, que se inclinaban a su orilla, con una gracia de adolescentes pensativos...

los lises acuáticos, se cerraban lentamente, con una suave gracia de holocausto;

bajo la sombra de los sauces melancólicos, el reflejo inquietante de las aguas, proyectaba ramajes angustiosos...

¿por qué absortos, a la orilla de ese lago, pensamos en la Muerte?

el silencio del agua parecía reproducir el silencio de nuestros corazones, sacrificados por los voraces deseos; la tristeza de nuestros ojos, quemados por los áridos llantos; la amargura de nuestros labios, fatigados por los ávidos besos...

y, nuestra sed de Olvido, inagotable...

fué, locos por esa sed, que nos dijimos — « Seremos dos nenúfares del lago, ahogados en sus ondas cristalinas... »

y, desnudos como dos lises, nuestros cuerpos se deslizaron bajo el azul oridratado de las ondas...

hidratizada tu Belleza, eras, como una blondez más en el crepúsculo;

la sombra adolescente de tu cuerpo, hecha de luz de luna parecía...

rosa de ámbares y, argentos líquidos...

bajo las olas...

entre mis brazos...

lentamente a los regazos de la Muerte descendiendo...

¿por qué tembló tu juventud;?

¿por qué en un ímpetu animal, te desprendiste de mi abrazo y ganaste la ribera?...

era el amor de la Vida, el que guiaba tu paso...

tu desnudez temblaba en el ocaso opalescente...

gritaste, me llamaste, y, tu voz estridente, corrió por la campiña muda;

cuando otros vinieron en tu ayuda, yo salí sonriente de las olas; burlando tu temor alucinado...

¡ah! si te hubiese sido dado, medir el Desprecio que entonces me inspiraste!...

Desprecio que no ha muerto todavía...

¡ah! mi Amor, lo mató tu Cobardía...

mucho tiempo buscaste mis labios, sin hallarlos;

buscaste mis brazos, sin encontrarlos...

y, si alguna vez volví a abrazarte, fué haciéndome el sueño vago, de gozarte en el fondo de un lago...

y, violar tu cadáver, bello, como un lirio de Lujuria, bajo las ondas de ese estanque en furia.

V

Gusto ver tu retrato, lleno de un tan límpido sueño de Soberbia;

¡ fantasma de un momento, que embelleció mi Vida!

¡ fantasma turbador! ¡ tan joven y, tan triste!...

¡enigma de tus ojos, extraños, soñadores!;

enigma de tu boca pálida y, claustral;

el Silencio, te envolvía, como un perfume acre;

el Orgullo, un Orgullo divino, era tu manto;

fué ese Orgullo, lo que amé;

vencer ese Orgullo, fué mi Gloria...

y, esa mi culpa;

no me perdonaste haber vencido...

no te perdonaste haber caído;

y, no pudiendo huir de tu falta, huiste de Mí...

como de un Remordimiento;

y, es por esa esquivez, salvaje y, soberbia, que vive, tu recuerdo en mi corazón, donde tan pocas cosas viven...

y, deseo aún, tu palidez de estatua, tus ojos enigmáticos, casi trágicos, la escasa sonrisa de tu boca imperiosa, el encanto real y esquivo, de tus formas sin belleza, en las cuales no parecía palpitar sino el ritmo de tu Orgullo;

un instante, no más, temblaste entre mis brazos, en el vértigo de tu carne rebelde;

y, el Orgullo, de ese vencimiento de tu Orgullo, vive en mí, con trepidaciones de sueño heroico y, brutal...

un resplandor de Odio, atravesó por tus pupilas vencidas...

y, hoy, acaricio más, la imagen de ese Odio, que las de todos los amores, que llenaron después, mi corazón...

y, el recuerdo de los fríos y, escasos besos de esa hora, atraviesa mi Vida, con el encanto exasperado, que hubiera sentido Nerón, si

hubiese podido violar a su pantera preferida, y, la hubiese oido rugir, en el momento de violarla.

VI

Cantaba el Golfo sonoro, lleno de Melancolía, una extraña Sinfonía, en Sí bemol;

se moría un crepúsculo de oro;

como un blondo Dioscodoro, en la arena, caía el Sol;

en calma olímpica;

hierática, en el cielo solitario, como una C, mayúscula, en la página de un Antifonario, aparecía la Luna;

sobre la duna esplinética, que semejaba el seno de una Mujer tísica, proyectaban la sombra de sus alas, las aves acuáticas, que, en vuelo lento, ganaban el peñón cercano;

el lejano monte, que limitaba el horizonte, parecía un fraile estrafalario, volviendo, como

6.

hojas de un Breviario, las visiones de aquel panorama;

en la rama de un arbusto, cantaba un ruiseñor;

¿qué decía ese Tenor, adusto y, salvaje?

sinfonizaba el alma del Paisaje...

dejaba caer sus notas de cristal, como caen los pétalos de las rosas de un rosal;

desgranaba su rosario de arpegios, como florilegios, de cosas ideales...

¡silencios siderales!...

¿quién violó la pureza de ese paisaje?

y, la calma salvaje y, noble de aquella soledad?...

. . . .

. . . .

mis manos, en tus manos;

mis ojos, en tus ojos;

mis labios en tus labios;

¡la azul Inmensidad!...

nuestro vértigo

como un cántico,

turbó la Noche;

en tus pupilas, había más sombras que sobre el Mar;...

. . . .

Posilipo, se iluminaba, allá, en la lejanía;
la playa era una cinta de cinematografía;
Partenope;
Chiaia;
Margellina...
la colina donde duerme Virgilio;
las islas de la Prisión, y, del Exilio;
Nissida, muda;
Próscida, como una viuda desamparada y sola;
Casamicciola, mostrando el vientre abierto de la tierra que devoró sus hijos;
los prolíjos torreones de *Ischia*;
en la calma marescente, *Capri*, como una rosa azul, en el Poniente;
tal era el panorama evanescente que sirvió de testigo a nuestro Amor violento, cuando ajé tu pureza, en la agreste belleza, de las divinas playas de Sorrento...

. . . .

y, cuando regresamos...
separados los dos; después de habernos dicho, ¡adiós! en un beso crüel;
y, entramos al Hotel;
y, tu padre te besó en la frente, acariciando

con un gesto inocente, tu talle, que yo acababa de ceñir;

y, tu Madre, puso sus labios, en tus labios, que en locos excesos, acababan de sufrir los agravios de mis labios, y, acarició tus cabellos, tan bellos, después que yo, había puesto tántos besos en ellos...

en aquel cuadro de Pureza, me pareció aun más bella, tu Belleza;

y, sentí, el satánico Orgullo, de haber profanado el cuerpo tuyo;

. . . .

. . . .

Hoy, he vuelto, después de tu partida a la playa querida;

y, hallé el estuario, como un sudario de arena.

tan triste, tan solitario, que una gran pena se levantaba de él...

una pena muy cruel...

la pena de la Ausencia...

y, sin embargo, parecías llenar el lugar con tu presencia...

y, surgir del paisaje opalescente, la sombra de tu cuerpo adolescente...

de tu cuerpo desnudo, al cual mi cuerpo, le
sirvió de escudo...
y, el vértigo;
del Pasado...
tan amado...
me invadió...

VII

¿Y, ese lis que alza en la sombra su corola perfumada?
en el pórtico de la tarde azul, anaranjada, como un vapor de lago...
tiembla en la sombra del miraje undívago;
¿es un cirio?
¿es un lirio?
¿una estrella?
¿una flor?...
brilla en la calma maravillosamente bella; con un fulgor adorable
tiembla en el crepúsculo...
se abre como el divino broche, de un narciso, suspendido en los labios de la Noche...
rosa del Paraíso...

en el espejismo, del Abismo;

¿qué es eso?...

el fantasma de un beso;

del beso que me diste, aquella tarde triste, a la orilla del Tíber, cuando ardía, con una gran Melancolía, en su límite el Sol;

y, bajo los cielos espléndidos del Lascio,

era la cúpula de la Basílica de San Pietro, como la empuñadura de un cetro de topacio, que saliera de la tierra hacia el espacio, brotando de la tumba de un Rey, hace mucho acostado entre los muertos;

¡los divinos desiertos de los cielos, tan altos, tan serenos, tan sonoros, magníficos en los oros en que los envolvía el reflejo complejo del Sol, que se moría;

nuestro amor adorable, era culpable;

y, esa culpa, era su encanto...

nunca se goza tánto, como cuando es sobre un lecho de violaciones, que podemos saciar nuestras pasiones;

violación de las leyes divinas;

violación de las leyes humanas...

violación de las leyes arcanas que rigen nuestra Vida...

la Naturaleza, no nos es verdaderamente querida, sino cuando es violada, por una pasión desenfrenada, y, palpita en nuestros brazos, profanada por nuestros abrazos, por los excesos criminales, de nuestros besos irracionales, que rompen la sabia armonía de su corazón, en mil pedazos...

cuán bello era, el oro incandescente de los astros, reflejado en tu cabellera marescente, que aun llevaba los rastros de nuestro loco amar...

que temblaba brutal y violento, como un mar...

en el Silencio crepuscular; del momento...

sobre los céspedes;

bajo los árboles...

. . . .

¡cómo era bello el crepúsculo retratado en tus ojos!...

como un corpúsculo moría en ellos el día, con los despojos de todas las claridades...

¡Oh! divina ebriedad de las ebriedades!...

. . . .

. . . .

sobre el Gianícolo, en su corcel bélico, Garibaldi, era como un fantasma épico, diluído en

el purpúreo cielo, proyectando su sombra sobre
dos mundos...
cantaba el Silencio sus himnos profundos...
perfumes de rosas bajaban del Pincio;
las olas del Tíber corrían en la alfombra...
la gran avenida nos daba su sombra...
el Viale Pairoli, nos daba su abrigo...
blanduras de lecho el follaje amigo...
¡oh, recuerdo suave, de aquella hora grave,
en que ebrios de Amores, quisimos morir...
. . . .
en este instante...
de amargura
ya tan lejos de esa Ventura...
dame los reflejos de tu locura...
¡para poder vivir!...

VIII

Silenciosas horas lentas...

una gran Melancolía, en los cielos y, en los aires y, en la playa, difundía su avidez crepuscular...

por el gran balcón abierto, con los ruidos del concierto de la Mar, llena de voces afines, penetraba aéreo y, alado, el céfiro, perfumado de jazmines...

se respiraba el aliento salobre de las ondas;

fingía rondas en la alfombra, la sombra del ramaje, que se movía afuera;

el cortinaje era, como una penumbra leve en la cual jugaba, un rayo de luna, blanco como la nieve;

tu cuerpo, reclinado a lo largo, en una oto-

mana, parecía el de la Venus de Cánovas, para el cual, la hermana del César, sirvió de modelo: Paulina Bonaparte;

todo el Arte, y, todo el Ritmo de la Estatuaria, estaba en la Escultura suntuaria, de tus modelaciones;

en la actitud grave, y, la euritmia divina de tu belleza suave...

suave, como esa hora vespertina, evanescente en el seno del Misterio...

llena de la mística armonía de un Salterio...

nuestras almas, a solas, escuchaban el vago canto del deseo y de las olas;

y, sentían el estremecimiento furtivo, que venía del cielo pensativo, del aire vivo, del mar lascivo... como un contagio...

porque las nubes, las brisas, y las olas, cantaban el adagio obsesionante de la Voluptuosidad;

de cuyo aliento estaba llena la Inmensidad;

y, la Noche de Primavera, que cantaba en la ribera, dulcemente, dulcemente, como un ruiseñor ardiente;

y, entraba en nuestras almas, sacudiendo las

calmas de nuestros pensamientos, con voces, que más que cánticos, parecían lamentos...

lamentos, arrancados, a leones acosados;

arrancados, a las malas pasiones de todos los corazones;

arrancados, a los peores, instintos, exasperados;

arrancados, a los deseos, palpitantes, como trofeos;

arrancados, a los ímpetus de nuestra Lujuria, que aullaban con furia, como lebreles atrahillados;

en nuestras miradas;

en nuestras palabras entrecortadas;

en la inquietud impudorosa de nuestras manos;

en nuestros alientos malsanos, y, brutales, llenos de las más bajas pasiones animales...

. . . .

. . . .

de rodillas, al pie de la Otomana, yo, acariciaba tu Belleza Soberana;

tu Belleza Esplendente, que se dejaba amar férvidamente;

y, te decía:

— he aquí la Noche, Amada Mía; la Noche, que abre su broche; y, se entrega al Espacio que la viola;

¿no estás contenta de estar sola, sola en mis brazos?

ceñí con mis abrazos, tu cuello;

besé tu rostro bello; lleno de un éxtasis fatal;

desanudé tu cabellera fluvial, que parecía la crinera de una joven leona;

y, cuando desnudé tus senos de Pomona Virgen, mil vidas vivieron en tus ojos entrecerrados...

besé tus párpados, semientornados...

y, mis labios avezados, comenzaron la gama de las caricias, que iban subiendo y, subiendo, en crescendo, en crescendo, en el diapasón de los goces refinados, infinitos...

lanzabas débiles gritos;

temblabas, como una corza herida, en el anhelo y, en el presentimiento de esa hora desconocida, que llegaba, e iba por siempre a lacerar tu Vida...

tenías un gesto de oblación, en esa ardiente mansedumbre de paloma, que parecía decirme :

— Toma... mi Belleza; desgarra mi Pureza;

enséñame, eso, que se llama el beso; no el beso pasajero, que se posa en los labios, como un pájaro, en un alero, sin imponer agravios; quiero el beso profundo; aquel que hace perpetuar el Mundo; . . . .

. . . .

besé tus ojos;

besé tus labios;

besé tus pechos... hechos perfectos al hacerse erectos, en una plenitud desconocida, llena de los temblores de la Vida;

recorrí el ardor de mi beso profanador por todos los senderos de tu cuerpo de flor...

te viste desnuda, como la Noche muda, que nos miraba;

tal vez, amaste tu desnudez...

aun era casta, como la vasta irradiación lunar, que nos venía a alumbrar;

me acerqué más a ti;

mordí tu boca, en el Supremo anhelo...

desmayó tu mirada enamorada...

y, abriste tus ojos como un cielo...

. . . .

y, yo...

temblé, asustado, entre tus brazos;

me separé de tus abrazos, espantado, desarmado, vencido...

hecho casto, como un Cristo...

¿qué había sido?

que al inclinarme sobre tus ojos, había visto en ellos, retratada otra imagen adorada... que mucho se te parecía...

la imagen de tu madre muerta...

que había sido mía...

que yo, había amado; que se me había entregado en ese mismo sofá donde yacía tu belleza...

en esa misma hora, encantadora, llena de melancólica Tristeza...

en el Estío pasado;

en ese mismo Hotel;

ante ese mismo Mar, ahora calmado;

. . . .

el recuerdo cruel, de la noche que la habíamos velado en ese mismo aposento, surgió en mi pensamiento, extinguiendo en mí, todo Deseo;

. . . .

aun te veo, puesta en pie, cubrir, tu desnudez, con un gesto lleno de altivez...

arreglar tu cabellera, como si fuera la cimera de una diosa;

y, pálida, orgullosa, no queriendo llorar, abrir la ventana, y, acodarte en ella, ante la Noche, soberanamente bella, que continuaba en cantar...

la Noche, ignota...

la Noche, incierta;

que alumbraba mi derrota...

¡la Victoria de una Muerta!...

IX

Un gran cisne, cisne negro, silencioso, prisionero, en la nieve inmaculada de algún lago limpio y, terso, semejaba en la almohada, tu cabeza escultural, toda oculta en la opulenta cabellera destrenzada, que en mil ondas tumultuosas y, soberbias, ondulaba cual las aguas de un torrente, tras un recio vendaval;

un gran lirio, lirio abierto en la fronda lujuriante de un remoto país de Ensueño, bajo un cielo en nubes pálidas, de un color límpido azul, tu albo cuerpo semejaba, en los nítidos encajes, y, los amplios cobertores y, los tenues cortinajes, que ligeros y ondulantes, te envolvían en una nube, de opalino, índigo tul;

un pichón de garza, blanco, con el pico rojo

y, suave, como el pecho de alguna ave, de esas aves que semejan bellas flores de la escarcha, de esas aves de la Idalia, que acompañan en su marcha triunfadora, a la Diosa del Amor, asomaba un solo pecho, de las gasas escapado, de las gasas del tocado, del tocado, que deshecho, permitía que así brotara, esa flor divina y, rara, semejando entre las blondas, un nenúfar en las ondas, o algún níveo azahar en flor;

una mano de alabastro, blanca y tersa, cual si un astro, con luz tenue coloreara ese cutis de marfil, en los rojos cobertores, que ocultaba tus primores, me indicaba, ¡oh! mano blanca, por qué Venus, la de Milo, está trunca y, está manca, pues sus brazos y, sus manos, en belleza soberanos, tú, los tienes, y, el Destino, los había hecho para ti;

un silencio rumoroso, idólatra, religioso, un silencio de Santuario, había en torno a ese Sagrario, donde inerte y, descuidada, ¡oh! mi Diosa; ¡oh! mi Adorada, indolente, dormías tú;

y, en la atmósfera, vagaban mil perfumes que embriagaban;

y, en los ruidos vagarosos, había besos amo-

rosos, que vibraban y, cantaban en el rayo de la luz;

de rodillas ante el lecho, con las manos en el pecho, conteniendo los latidos de mi pobre corazón, yo, en silencio te adoraba y, en silencio recordaba, que esa noche ya pasada, ¡ oh ! mi blanca desposada! te dormiste entre mis brazos, y, al reclamo de mis besos, y, al calor de mis abrazos, se abrió tu alma a mis caricias, de tu amor con las primicias, como al rayo del Sol fúlgido, la rosa abre su botón;

y, al mirarte así rendida, recordándote vencida, busqué un sitio, y, a tu lado, yo, el león domesticado, la cabeza recliné...

y, pensando en el Hastío, y, el Olvido, hosco y sombrío; y, pensando en que pudieras olvidarme, o yo perderte, tuve miedo de la Vida, sentí anhelos de la Muerte;...

lloré mucho; y, en Silencio, en Silencio la imploré.

X

En el Mar de lo Infinito, boga y, llega el Mensajero; el bajel que trae la Noche;

tenebroso como un muerto, lentamente va avanzando, con sus velas de Misterio...

¡el bajel que trae la Noche!...

¡ tenebroso como un muerto!

¡oh, las tardes del Otoño, precursoras del Invierno;!... ¡cómo cantan con sus ritmos de colores, en los mares y, en los cielos!

¡oh, las tardes del Otoño, las auroras del Invierno!

ya el Crepúsculo se muere en la sombra y, el Silencio!...

¡oh, la muerte del Crepúsculo, el Poeta del Ensueño...

ya se besan en la sombra, en divino Epitalamio, las estrellas soñadoras y, los pálidos geranios, cuyos pétalos, muy tristes, van cayendo lentamente, como sueños que se mueren en su nítida blancura;

¡oh, los sueños de las flores!

¡oh, la muerte de los sueños!

a la luz del Plenilunio, albas rosas de la Tarde, van abriéndose, como almas, que escucharan en su angustia, el coloquio formidable de la Sombra, y el Misterio...

¡oh, las rosas de la Tarde!

¡oh, las rosas del Silencio!

¡oh, la Amada, de mi Vida! ¡oh, la Amada de mis Sueños!... ¡ilumina este crepúsculo, con la lumbre de tus besos!... de tus besos, que son astros...

y, el perfume de tus labios, caiga en mi alma, como un bálsamo de Ventura y, de Sosiego...

¡oh, los rojos tulipanes de las frondas de tus besos!...

¡oh, la Amada!

¡oh, Bien Amada!...

ven, reclina tu cabeza, tu cabeza triste y,

blonda como el halo de una estrella; ven reclínala en mi pecho;

¡tu cabeza perfumada por los místicos Ensueños!

¡oh, tu pálida cabeza!...

¡oh, mi Reina, coronada con las rosas entreabiertas en praderas ignoradas y, el silencio de las selvas;

de las selvas, que te guardan su perpetua primavera;

de las selvas, donde viven mis Ensueños de Poeta!...

tu cabeza, con un nimbo de jazmines y violetas;

que me toque la caricia de tus grandes ojos tiernos; algas verdes que se mecen en los mares muy remotos, de la Gloria y, del Ensueño;

que me toquen con sus alas, tus libélulas de fuego;

¡oh, los ojos de la Amada, misteriosos y serenos!

playas tristes, donde mueren las oleadas del Deseo!...

que los lirios de tus manos, cual capullos en-

treabiertos, como brisas perfumadas, como rayos de un lucero, se deslicen en la selva autumnal de mis cabellos, y, serenen mis pasiones tempestuosas y, soberbias, y, dominen la Implacable Rebeldía de mi cerebro;

mi cerebro, que es tu Arca;

mi cerebro, que es tu Templo;

mi cerebro, donde imperas, tú, mi Diosa, entre la mirra que te queman mis pasiones, y, los cirios del Deseo, y, mis himnos amorosos, y, el perfume que te brindan las corolas de mis versos...

y, una flor que se abre augusta, con sus pétalos soberbios; una flor, en holocausto ante Ti : mi Pensamiento;

¡oh, los lirios de tus manos, domadoras del Deseo!...

¡oh, los ciríos, de mi Templo; y, las rosas de mis Versos!...

por las flores del Crepúsculo;

por las rosas del Silencio;

por las algas de tus ojos;

por las frondas de tus besos;

ven, reclina tu cabeza, en la sombra de mi pecho ...

¡Bien Amada! Bien Amada!... ven, te esperan ya mis besos, que murmuran como olas en las playas del Silencio;...

¡Bien Amada! ¡Bien Amada! ven, responde a mi Deseo;...

ven, unamos nuestros labios, en un beso que sea eterno...

ven, y, unamos nuestros cuerpos, cual dos llamas de un incendio;

. . . .

. . . .

ven, mi Amada, que es la hora;

ven, mi Amada, que aún es tiempo;

¿tú no sientes cómo pasa la caricia del momento?...

ven; y amémonos;

aun es hora...

ven y, amémonos, que aun es tiempo...

aun hay flores en el bosque;

aun hay luces en el cielo;

aun hay sangre en nuestras venas y, palpitan nuestros besos...

son las tardes del Otoño, precursoras del Invierno;

ven; tus ojos agonizan en las ansias del Deseo...

aprisione yo tus manos, y tus labios y, tus senos;
y, te brinden sus perfumes, las corolas de mis versos;
es la hora del Crepúsculo...
todo se hunde en el Silencio ;...
es la tarde en nuestras almas... y la Noche avanza presto...
nuestras vidas, ya se pierden en los valles del Misterio;
aun dibuja la ventura, un miraje en nuestro cielo;
es la hora de las almas...
es, la hora de los besos ..
ven, y, reposa tu cabeza blonda, sobre mi ardiente pecho de Poeta;
ven, y, reposa tu cabeza blonda, como una mariposa, en una flor;
y, que me bese de tus ojos verdes, la caricia profunda y, tentadora...
¡oh! la caricia de tus ojos verdes! la caricia furtiva de la ola!...
deja que estreche los capullos blancos, de tus pálidas manos de azahar...
y, deja que en el lirio de tu rostro, la sombra de mi rostro se proyecte;

y, que caiga mi beso entre tus labios, como el nido de un pájaro en el mar;

que me bañe la Gloria de Crepúsculo, que irradia tu opulenta cabellera...

que te cubra con mis labios, con mis brazos, con mi cuerpo...

ven, y, unamos nuestras bocas, en un beso que sea eterno...

ven, y, unamos nuestros cuerpos, cual dos llamas de un incendio.

XI

La Tarde violescente, reflejaba, tristezas mudas, de mujer violada, y, una ternura equívoca y, cansada; la ternura asesina, de una vieja concubina, que teme ser abandonada;

era, atractiva y, hostil; bella y, odiosa;

por sus celajes de oro, por el tesoro de sus azules calmas, se diría llamada a consolar las almas;

por sus frías languideces, llenas de un hálito otoñal, cuasi de Invierno, cambiaba su aire tierno en una hostilidad fría, de Sudario;

¿ por qué era necesario, que vinieras a esa hora desolada y traidora, a perturbar el Silencio que me envolvía como un claror de luna ?

apareciste como una, visión Simbólica; tan triste, tan enigmática...

te insinuaste como una armónica onda, a través de la fronda, musical, en el recogimiento sonoro, que palpitaba como una ala sobre el paisaje de oro...

emergió tu silueta en el fondo violeta de la decoración, como el perfil vago de un cisne, sobre un lago en desolación;

hablamos...

¿qué me dijiste?

la escala de todo lo triste, la gama de todas las modulaciones angustiosas vibró, en tu acento...

el milagro violento de tus veinte años profanados por los sueños extraños, y, dolorosos, de aquellos corazones desgraciados, que aman el solo Amor, que mata sin morir, brillaba en el misterio cambiante de tus ojos obscuros, entristecidos de no ser ya puros, en el rojo pálido de tus labios, que a esa tan tierna edad, eran ya sabios en los besos de fuego sin pureza, que manchan la belleza de la boca, sin hacerla gozar; en el halo lunar de tus cabellos, que fingían un ritmo lento y, suave de fulgores de Sol, al inclinarte en tu tristeza grave, sobre el espejo

de la fuente, que era como el reflejo evanescente de un crepúsculo ajado, en el cual como en un sueño de cristal, se veían las tenaces obsesiones de todas las desolaciones de tu Vida...

me mostraste tu herida incurable y sombría...

había, no sé qué vago encanto, en ese jardín de llanto, que era como una gran avenida de Melancolía...

yo, la hallé bella, bella para mis ojos solitarios, que tienen la voluptuosidad divina de las lágrimas de los dolores y, de los sudarios... y, gustan de inclinarse sobre los corazones y sobre los osarios, porque tienen el culto ávido y fuerte, del Dolor y de la Muerte...

venías desde muy lejos, á pedirme consuelo; á pedirme consejos...

¡ á mí, el Solitario de la Tiniebla, que hace ya tánto tiempo, puebla su Soledad con el Olvido, después de haber consumido en el Huerto de su propio corazón, el pozo amargo de la Desolación.

aquel, que después de haber agotado el llanto, hizo de su Soberbia un manto, y, se envolvió en él, como en un sudario...

y, conoció el Orgullo Santo, de ser un Solitario...

¡la Voluptuosidad divina de ser Solo; consigo mismo, bajo un cielo sin Dios, inclinado a la orilla de un Abismo!...

sin oir otra voz que los gritos de los espacios infinitos, llenando su Soledad...

voz, inferior a la de la tempestad, que lo había arrojado sobre ese peñón, después del naufragio definitivo de su corazón...

¿qué podía darte este Solitario, envuelto en su Sudario?

ese extraordinario San Antonio, superior al Demonio y, a la Tentación, que estaban habituados a ser estrangulados y, violados por él?...

¿qué podía darte aquel Amo cruel de todas las tempestades?

la ciencia de sus voluptuosidades;

y, te la dió...

y, te embriagaste de esa ciencia, apurando los opimos racimos de las vides de la Concupiscencia...

lánguidamente, navegamos por el río ardiente de todas las tentaciones;

hacia el Poniente de nuestras emociones...

tú, hacías oblaciones de tus brazos, de tus labios, de tus risas;

yo, hacía un paseo triunfal de mis cenizas... las cenizas de mi corazón, que pasaba, bajo el arco votivo de tu pasión, como el cadáver de un César, muerto en campos marciales, pasa bajo los arcos triunfales, que le alza la Adoración;

¿cuál tu desventura fué?

empeñarte en hacer de una pasión carnal, una pasión sentimental...

querer, hacer florecer con los excesos de tus besos un desierto;

querer dar nueva Vida, con la lumbre de tus ojos, a esos despojos;

y, con el encanto de tus sonrisas, querer animar esas cenizas...

buscar un corazón, bajo el Sudario de aquel Solitario...

desesperarte, entristecerte, de no hallar nada en aquel Sagrario de la Muerte...

rebelarte contra aquel cadáver abnegado, que marchaba a tu lado, por las perspectivas desiertas de aquella Gran Avenida de hojas muertas...

y, que por consolarte, hacía el gesto de abrazarte y, de besarte...

cerca al río ensangrentado, donde había naufragado su corazón...

. . . .

. . . .

te rebelaste...
me culpaste,
partiste...
¿á dónde fuiste, así tan triste?...
á sucumbir...
á morir...
sobre una playa de zafir...
¿cuando moriste, me recordaste?
¡oh! sí; porque me llamaste y, me maldijiste...
¡oh! pobre rosa triste, que así te desfloraste en la tumba...
tu maldición, no retumba en mi corazón...
porque sabe mi conciencia, que no te mató la ausencia de mi Pasión;
esa forma de muerte, era tu sueño; te obsesionaba;
esa forma de muerte era tu dueño; te dominaba;
esa forma de muerte, era la aurora en que pensaba tu alma soñadora...

esa forma de muerte, no tuvo que hacer esfuerzo por vencerte...

te inclinaste hacia el veneno, como una abeja hacia el seno de una flor...

y, no te mató el Amor...

te mató la neurosis implacable, la herencia inevitable, que minaba tu organismo;

¡ rosa maravillosa del rosal del Histerismo !...

duerme en la playa silenciosa !

bella rosa...

romántica ;....

la música

de las olas

a solas

sea el cántico...

que a tu espíritu...

cándido

da la playa

que desmaya

en la luz...

efervescente...

último

ósculo

del pálido

azur.

XII

El alma vibra y, flota, en una tibia atmósfera, de mil recuerdos íntimos, a las suaves melodías, del recuerdo de esos días, tan lejanos... de tu Amor;...

es, como un cántico de ritmos tiernos, bajo un bosque melancólico, encubridor;

era en Amalfi;

el golfo, límpido, la roca ríspida, llenos de azul;

y, los paisajes, encantadores, susurradores bajo la luz;

¿lo recuerdas?

era, el camino de Ravelo, el cielo, opalecía; como en una miniatura de Misal, languidecía, en celajes infantiles, de diáfanas perspectivas...

altivas, meditativas, las montañas alzaban sus siluetas extrañas, en la caricia de la tarde esquiva;

a su sombra, violetizaba el golfo ya lejano;

en el bosque cercano, bajo su sombra gualda, volaban los ensueños con alas de esmeralda;

en la vertiente de la colina, los rosales extendían su paz divina;

el horizonte, en lontananza, tenía el pálido fulgor de la Esperanza, que lentamente expira...

y, tenía la armonía, policorde de una lira;

era, de un verde claro, un verde raro, que fluía y, se diluía, en un límite estrecho, hecho de mucha sombra entristecida...

hicimos detener el coche;

¡qué bella era la Noche que llegaba, preludiando los himnos de un ámor desconocido, en el bello paisaje entristecido!...;

el Silencio opiatizaba la campiña enigmática, llena de una calma virgiliana, idílica;

tarde de Teócrito;

perfume de lilas mediterráneas...

en el follaje místico, inquietudes momentáneas...

dijimos al cochero: espera;

y, entramos en el bosque costeando la ladera;

cuán bella era tu Belleza altiva, en esa tarde estiva, envuelta en la magia de los reflejos, que nos enviaba de lejos la inmensidad marina;

soplos graves, soplos suaves, de la hora vespertina;

tú, en mi brazo apoyada, ¡tan bella y deseada!... lejos del mundo cruel, que nos espiaba en el Hotel, empeñado en leer nuestras miradas...

nos envolvía, la calmada melodía de los parajes, a la vez augustos y, salvajes...

¿de quién ese divino jardín que se abrió a nuestras miradas?...

en él, las viñas agrupadas, saludaban al cielo desde sus muros; sus racimos obscuros, se inclinaban al suelo; se dirían senos de madres en duelo, cuyos hijos murieron y, no tenían a quien lactar con sus pezones...

como pálidas Ofelias, las camelias, ofrecían la virginidad de sus floraciones;

las rosas, opulentas, candorosas, parecían ópalos verdes sobre la ceniza de oro del follaje;

la frondazón, espléndida, se diría azul, por la

filtración, constante del celaje;

entramos en ese huerto:

estaba desierto; tremulante de soplos y, de aromas...

en la fronda, arrullaban dos palomas;

un ruiseñor, vocalizaba sus emociones, saludando las constelaciones, que se veían surgir, del cielo en el pálido zafir;

rayos líquidos, venidos de las lejanas estrellas, oratizaban esas cosas tan bellas, que temblaban bajo la caricia de aquellas vibraciones claras;

¿por qué me parecieron tan raras, en su belleza, aquellas flores, impregnadas de una vaga tristeza?...

imponente en su mutismo, aquel jardín, parecía un espejismo, flotante a la orilla de un abismo;

el aire, era ambarado, con olor de marisma;

todo se veía como a través de un prisma;

nos sentamos sobre una piedra, cubierta de yedra, que nos pareció un banco ideal, en medio de aquella calma vegetal;

la Elegía de la Noche, me exacerbaba;

te abracé;

temblaste, convulsa;

tuviste un débil gesto de repulsa;

el gesto natural de la Virtud vacilante;

pero, fué un instante...

caíste en mis brazos, radiosa y vencida...

sufriste mis abrazos...

y, nuestras vidas, hicieron una sola Vida;

y, te poseí con lentitud, con refinamiento, en un crescendo lento de Voluptuosidad;

en el corazón de aquella soledad, serenamente triste;

. . . .

nuestro abrazo tuvo fin;

te pusiste en pie;

habías perdido uno de los agrafes que sostenían tus cabellos, que desanudados, y, bellos, eran como un Rhin, blondo y, obscuro...

buscamos sobre el duro suelo, no lo hallamos;

sobre el banco que había sido nuestro lecho, tanteamos;

fueron vanos los esfuerzos de nuestras manos;

al fin, hice luz;

buscamos en la piedra;

y, al apartar la yedra, aparecieron los brazos desnudos de una cruz...

y, un nombre, y, una inscripción mortuoria...

¡aquel jardín poblado de Misterio, era el Cementerio;

aquel banco, que a nuestro placer había parecido estrecho, era una tumba y, su cruz, había sido nuestro lecho...

. . . .

el cabello deshecho, extraviada de horror, escapaste de allí...

yo, te seguí, ensayando detenerte...

inútilmente;

ibas como demente, escapando de aquel Huerto de la Muerte;...

en el sendero sin luces, parecía que las cruces, se alzaban ante nosotros, para pedirnos razón de nuestro Sacrilegio;

el florilegio de las magnolias, de las camelias, y, de las rosas, se había extinguido en tinieblas vertiginosas...

ni un reflejo en el paisaje complejo, lamentablemente obscuro...

dejamos atrás el muro, matizado de blancu-

ras, débil guardián de aquellas sepulturas, cuya calma habíamos violado;

entramos al coche;

tú llorabas, llorabas en el seno perdido de la Noche...

yo, reía de la aventura, y, recordaba con un gran placer aquella sepultura...

pero, no te convencí, no pude convencerte, de que no era una cosa prohibida, eso de dar la Vida, sobre el seno mismo de la Muerte.

. . . .

pocos días después, partiste; regresaste a tu tierra natal;

y, yo, quedé solitario, como de ordinario, sobre esa playa, que después que tú te fuiste, comenzó a hacerse triste con el pálido reflejo otoñal;

y, volví al cementerio;

y, a la sombra de su lánguido Misterio, me senté, en la misma tumba que habíamos profanado, la cual se hizo el lugar más amado de mis peregrinaciones;

y, al muerto que allí había sepultado, lo hice el confidente de nuestra historia, y, confié a su memoria todo nuestro secreto;

y, fué, en aquel Huerto, sagrado y, quieto, que fuí a leer tus cartas apasionadas, en las tardes divinas y, calmadas, en la compañía amable de los muertos;

había aún muchos geranios abiertos en torno a mí, cuando leí, tu primera carta de Nápoles, tan amable y, tan bella...

y, luego la carta aquella de Roma, que parecía tener el aroma de la Ciudad Eterna;

luego, aquella tan tierna, de Niza;

luego, la de París, escrita en la prisa de un viaje fatal...

luego el Silencio...

obligado final de todo Idilio, que por las puertas de la ausencia, entra en el Exilio;

yo, volví al cementerio, constantemente;

y, dije a mi muerto, confidente, el fin de nuestro Amor;

y, las rosas me vieron, solo, y, sin dolor, llegar hacia ellas, cuando nacían las primeras estrellas, y, no leer ya más misivas, bajo sus grandes flores pensativas...

llegó Octubre; y, dije, ¡adiós! a la playa benéfica y salubre;

y, me despedí del muerto cuya tumba había-

mos profanado; le ofrecí unas rosas, en mi nombre y, en tu nombre amado...

¿cómo es ese Nombre?

hoy, no podría decirlo; lo he olvidado!...

tal es el débil corazón del Hombre...

SALMOS DE LA AMISTAD

I

Hondas cosas interiores, del Jardín de los Silencios, dice al alma, tu Belleza, coronada de Misterio ; — tu Belleza, que recuerda el perfil grave y perfecto, de la Palas-Athenea ; — tu Belleza, circundada de un divino sortilegio ; — ¡ albo lis en el Crepúsculo, ante el cual se inclinan ledos, los rosales pensativos de este amable Florilegio ;

¿ no has mirado allá, en tu Patria, a la hora del Poniente, cuando el Sol tiñe la Tierra, de un bermejo resplandor, las águilas, detenerse, tras un vuelo grave y, lento, en las cimas inmutables, y, quedar allí, rígidas, inmóviles, extáticas, cual si fuesen esculpidas en el dorso de un blasón ? ¡ magníficas, hieráticas, cual si

fuesen las cariátides del fúnebre monumento de algún viejo Faraón! ;

esas águilas, son solas;

solas son, bajo los cielos; solas son sobre las rocas; solas son ante los vientos...

¡ admirables cenobiarcas de los ritos del Dios-Sol ;

soledad, es Vida fuerte ; soledad, es Vida enorme;

nadie sabe la grandiosa y severa intensidad de la Vida en el silencio, sino aquellos que aman mucho el prestigio de las almas, y, el Misterio Omnividente de las Vidas Interiores, que se expanden como ríos, en la calma austera y, grave de Inviolada Soledad ;...

y, yo, soy, un Solitario, que en las ásperas penumbras de una noche de combates, vive huraño, como un buitre, que no sabe abrir sus alas, y, tenderlas al espacio, sino en horas de tormenta, cuando airado vibra el trueno, bajo cielos escarlatas, en la negra incertidumbre de un Ocaso convulsivo...

yo, soy ave carnicera ;

yo, soy ave de borrascas, cuyas garras tienen sangre ; cuyo cuello, si se enarca, es en un

gesto de Muerte; cuyo grito, si se escapa, es un grito de tumultos en un campo de batallas;

mucho lodo del combate, forma el peso de mis alas...

¿cómo quieres que detenga este vuelo de borrascas, en las cándidas páginas, todas tersas, todas blancas, de tu Álbum, donde vienen los Poetas, deslumbrados, con sus liras de oro sacro, a decirte, suavemente, Ofertorios de sus almas?...

¿cómo quieres que yo, pose ahí mi garra ensangrentada, y, recoja sobre el Libro, la tormenta de mis alas?...

y, ¿no ves cómo hacen sombra, cual si fuesen las dos zarpas de un león?

¡armonías ilimitadas que te cantan!...

digan ellas lo que vale tu Belleza; tu Belleza circasiana; la tiniebla de tus ojos; y, el incendio de tu alma;

homenaje a esa Belleza, es mi Nombre en estas páginas;

ese Nombre, de odios rudos, de implacable y, ciega Ordalia, yo, lo pongo en este Libro;...

y, ese Nombre, es, una garra, que te ofrece suavemente, una rosa perfumada.

II

Señora : yo, quisiera, tener la Primavera, a mi disposición; y, este Otoño, tan triste, que los campos reviste de una púrpura enferma, de gran Desolación, trocar a mi turno, por la Estación Florida, para que ese Mar, taciturno, que vais a surcar, se hiciera, como un jardín florecido donde cada lucero, aparecido en el cielo se reflejara como una rosa de alabastro, y, la mirada, de ese astro, coronara vuestra negra cabellera, que va a hacer celosa a la Mar tempestuosa ;... y, que cada ola fuera, como un seno de estrella, para que se mirara en ella, una mujer tan bella como vos ;

al Destino (o como se llame vuestro Dios) le pido la merced, de que haga de ese Mar, un

gran camino tapizado de floras estelares, rosas crepusculares en ponientes de oro...

y, que, el tesoro de vuestra Belleza Soberana, llegue a la Habana, Vencedora del Mar, que, dominado y, cobarde se hará muy triste al ver perderse vuestra huella, como se pierde el halo de una estrella en el lánguido seno de la Tarde.

III

Muy pequeñas flores, rojas, como labios entreabiertos, al hálito enamorado de los besos, se muestran en tus manos, y, adornan tus cabellos, dando sombra a la mirada, de tus grandes ojos negros, ya muy tristes, ya muy graves, ya sonrientes, ya perversos, como cisnes pensativos, en penumbras de Silencio, como lotos emergiendo de las frondas del Misterio;

¡cuántas penas, cuántos sueños, cuántos goces, cuántos duelos, cuántas cosas ignoradas ú olvidadas, atraviesan las miradas de esos grandes ojos... ¿tiernos? ¿malos? ¿suaves? ¿fieros? a su turno, humildes y, orgullosos, tumultuosos y, serenos, bondadosos y, perversos... ¿ojos malos? ¿ojos buenos?

ojos que han llorado mucho sobre diversos senderos...

¡ sobre mañanas de Amor, y, sobre noches de celos !...

ojos que fueron abismos y, ojos que fueron un cielo, para almas que se miraron en la gloria de su espejo...

eso he visto en tu retrato...

lo demás de tu rostro, es, aun muy bello...

no lleva el sello — que tú dices, — « del tiempo destructor » ;

tu garganta, tus hombros, tu seno, admirables de níveo candor...

pero, ¿ tu alma ? me dicen que es buena ;

y, ¿ tu Vida ?

me dicen que es triste...

en las líneas que me escribiste, — pidiéndome que escribiera algo para tu Álbum, y, enviándome tu retrato, me haces un relato de tu pena ;

ya sabía yo, de tu cadena ;

de cómo se forjó, y, cómo la rompiste ;

¿ fuiste culpable ?

¿ fuiste infeliz ?

¿ qué fuiste?

¿mala o buena?

fuiste, una Mujer; un ser de pena y de placer, de Bondad y de Perversidad; abnegada y egoísta, magnánima y cruel, acendrando por igual, el veneno y, la miel;

sembrando el Bien y el Mal, con inconsciencia trágica;

¡benéfica y fatal!...

cumpliendo tu Destino, que es llenar de flores y, de ruinas el camino, que es el Destino de la Mujer;

. . . .

has llegado en el viaje de la Vida, a la zona donde se reflexiona;

¡Oh, el claror de la Tarde, fenecida!...

¡de la trágica Tarde de la Vida!...

ya Sirio arde, con un resplandor cobarde, sobre el cielo, aun tibio de luz febea; y, a esa hora, es tarde; tarde para todo lo que se desea;

tarde para avanzar, y, tarde para retroceder; tarde para lidiar y, tarde para descansar;

tarde para ser vencidos; y, tarde para vencer...

tarde para vivir...

¿qué podemos hacer de la Vida, en esta estación traidora?...

tarde para morir...

¿por qué dejamos llegar esta hora?...

¡ay! Señora...

¡Si pudiésemos al menos olvidar!...

¿eso, es posible?

que os lo diga la bella alma sensible de esta amiga nuestra, que ha puesto tu carta y tu retrato en mi poder...

que lo diga esa noble mujer, que tanto ha gozado y tanto ha vivido, que ha tanto llorado y tanto sufrido... que fué tan amada, que fué tan querida...

y, que, hoy... abandonada, sola y vencida, llora sobre las ruinas de su propia Vida;

Señora;

es la hora de la Resignación;

única Aurora que se alza sobre el corazón, en esta hora devastadora, sin horizontes y sin Pasión;

Resignación, Señora;

Resignación;

esa es la Sabiduría del Corazón.

IV

Este libro es un bosque, en donde el canto de las aves, celebra tu Belleza;

yo, esas aves melódicas no espanto;

soberbio en su tristeza, el buitre sanguinario, que aislado y, solitario, sobre el alto peñón de la alta sierra, soñando con la guerra el ala negra bate, con heroicas nostalgias de combate, y, cuyo grito audaz, tan sólo estalla fatídico y, salvaje, cuando agita, erizado su plumaje, sobre el siniestro campo de batalla, no extenderá el ala ensangrentada, ni lanzará su lúgubre graznido. aquí, donde en idílica bandada las aves armoniosas, han venido, a cantar tu Belleza Inmaculada;

. . . .

este libro es un templo, en donde un coro de creyentes, celebra tu Belleza;

detengo ante él, la planta; inclino la cabeza; no voy al ara santa; ni nuevo Osaa, extenderé mi mano, sacrílego y, profano, para tocar la santidad del Arca;

incurable Heresiarca, de extraño culto y, con ajenos dioses, no elevaré mis voces, hechas para el rumor de la Blasfemia, aquí donde se premia, la fe de una alma pura, con cantares...

yó, peregrino adusto, no entraré a profanar, tu Templo Augusto, ni arderá en tus altares, mi cirio de rebelde Iconoclasta;

¡oh! bella niña, y, cuanto bella, casta!...

el viajador obscuro, que no ha querido que, tu Fe, se asombre, escribriá, por fuera, sobre el muro, del Templo blanco y, puro, su perseguido nombre;

y, ese nombre, por tántos combatido, será en el Templo alzado á tu Pureza, como un Bajo-Relieve, allí esculpido, para probar, a cuántos ha rendido el Poder cegador de tu Belleza.

V

Era el encanto de tu Vida, y, era, como un blanco rosal en primavera, cuando despunta en su primer botón...

y, tu alma estaba en Adoración, a la sombra de ese rosal...

sopló con ímpetu el vendaval, y, el rudo ábrego mató el rosal...

sobre sus despojos, lloran, tus ojos, el más cruel de los llantos, el llanto maternal...

sólo los pájaros alzan sus cánticos, sobre aquel jardín en desolación...

¿qué quieres que diga mi voz amiga, sobre esas ruinas de tu corazón?...

para los grandes dolores, todo consuelo es una Profanación;

frente al tuyo, yo, no oso ensayarlo;

te devuelvo tu libro sin tocarlo, con la pena cruel de no poder escribir nada en él;

¿qué podría decirte?

¿que envidio al hijo tuyo, que murió siendo tu Orgullo?

¿que yo, habría dado la mitad de mi Vida, por ser llorado por mi Madre, bella, en cambio de no haber pasado, como he pasado, la otra mitad de mi Vida, en llorar por ella?

¿es un grito de Egoísmo?

¿es un grito de Dolor?

sólo sé que sale de lo más hondo de Mí Mismo; y, es el grito de mi más puro Amor, de mi más loco Amor, de mi único Amor..

del solo Amor que embelleció mi Vida...

mi Vida!... que fué después tan triste y tan vencida a causa de ese Dolor...

SALMOS
DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

I

No mires hacia el cielo, ¡oh, Alma Peregrina! porque nada hay en él;

tu Destino adivina en el hondo Misterio de tu propio Ser;

no hay más Dios, que Tú;

tú eres Alfa y, Omega de tu Vida radiosa; todo de ti parte y, a ti llega;

tú, eres, principio y, fin, de tu propia existencia;

todo el Orbe y, toda la Ciencia;

cuando tú hayas muerto, con tu propia esencia, otros seres se formarán;

pero, ya no serás, tú;

tu Bien, tu Mal, tu Vicio y, tu Virtud, todas

esas quimeras de sentido animal, se acabarán cuando tú mueras;

y, de tu polvo inánime, en los dispersos átomos, volátiles o extáticos, no quedará de tu Ánima, ni el recuerdo fugaz...

la Vida, es, una farsa...

la Vida, es una máscara;

¡compréndela!

¡diviértete!

y, goza el Carnaval.

¡Oh! pobre alma del Alma! pobre Alma mía! para tí, no fué hecha la Alegría;

pero, tampoco la Tristeza...

la Tristeza escabrosa, que otras almas esteriliza, en mí, florece en una rosa;...

se cristaliza, en, la Sonrisa;

la Sonrisa...

río... yo, que no amo;

río... yo, que no creo...

¡cómo es bella la sonrisa en los labios del Ateo!...

por magnífica...

por enigmática...

como la Esfinge...

como el Deseo.

II

Yo, he amortajado mi Alma, con los sueños furtivos, de las cosas ya muertas, y, de las cosas idas; de las cosas no vistas y, de las no vividas;

le he puesto, la corona de espinas de mi irrisoria Gloria, hecha de todas las rosas de hiel, de mi Victoria;

le he tejido, un velo sutil, con mis lágrimas; velo de un impalpable tul; color de cielo blanco; color de cielo azul;

he puesto entre sus manos, la cruz de lirios, de todos mis dolores, y, todos mis martirios;

¡entre sus manos luminosas, sus manos puras, sus manos bellas, como esculturas talladas en un bosque de estrellas;

la he ungido con un perfume que el tiempo no consume;

y, me he propuesto enterrarla, tan hondo, tan hondo, que yo mismo no pueda encontrarla;

lejos de las miradas de los hombres;

lejos de la Piedad de los hombres;

lejos del Amor de los hombres;

del Odio, de los hombres...

de la voz de los hombres...

de las manos de los hombres;

más allá de todo lo que tiene formas y, de todo lo que tiene nombres;

más allá de la Tierra, y, de lo que ella encierra;

más allá de la Vida y, de lo que ha vivido;

del Silencio, y del ruido;

de lo vital y de lo inerte, de la Vida y de la Muerte;

más allá del Olvido...

. . . .

enterrada mi alma, ¿encontraré mi calma?

y, mi Serenidad;

¿qué haré ahora, perdido en mi soledad?

vivir mi Libertad, cumplir su Ley;

yo, el esclavo de mi Voluntad;
¿su esclavo? no...
Su Rey.

III

Cuando en el bosque silencioso, que duerme en el reposo, sobre el seno férvido de la Tarde pálida, veo el azul crepúsculo, tornarse carmesí;

yo, pienso en Tí;

¡estrella solitaria de mis lejanos cielos, tan altos y, tan diáfanos!... en ellos te perdí!...

en los rosales lánguidos, deslóranse los pétalos, las rosas anacreónticas, rebélanse a morir...

y, al ver sus hojas fúnebres, caer en el crepúsculo; ¡oh, rosa melancólica, lejana y quimérica!

yo, pienso en Ti;

cuando en las aguas del estanque límpido,

que las alas de la Sombra hacen lúgubres, miro los cisnes hieráticos, describiendo jeroglíficos, sobre las ondas móviles;

¡oh! divino cisne enigmático, que flotas como un Símbolo, sobre el estanque lívido, de mis recuerdos íntimos;

yo, pienso en Ti;

los cielos y, las aguas, las rosas y, los cisnes, á la hora del Crepúsculo, todo, me habla de Ti;

lejano Idolo;

remoto Símbolo;

¡estrella cándida de cielos vírgenes que yo perdí!...

¡pálida, lánguida Visión Beatífica, tus alas frágiles, vienen a Mí;...

y, se posan sobre mi corazón...

¡oh, divino botón de aquella rosa yerta!

a tu contacto, mi corazón despierta y, se postra en Adoración;

Tú, eres la imagen de mi Madre muerta!...

los cielos lánguidos, las aguas límpidas, las rosas pálidas, los cisnes mórbidos, y, los crepúsculos, me hablan de Ti;

divina Ánima; vienes a Mí;

oh! Tú, mi Ídolo;
oh, Tú, mi Símbolo;
Yo vivo en Ti...
Yo vivo en Ti...

IV

Son jóvenes;

Se apoyan, el uno en el otro, como si fuesen un grupo de Tindáridas, a los cuales la acera les sirviese de zócalo;

el ramaje de los árboles de la Avenida, tiende sobre ellos, un luminoso palio azul, de luz vencida...

ella, más joven que él, casi una niña, ríe, ríe, ríe,...

él, un poco más grave apenas sonríe;

escuchan complacidos el organillo callejero, que un viejo mendigo, hace sonar con son lastimero;

se miran en los ojos, llenos de ensoñaciones,

como si sintiesen la voz de las más bellas pasiones. cantar en sus corazones...

sus ojos fulguran de voluptuosidades, y sus labios se empurpuran, como si hubiesen bebido la sangre del Sol;

yo, miro el cuadro, detrás de los cristales de mi balcón, conmovido en mi Soledad, por esta decoración de Vida y, de Voluptuosidad...

¿por qué esa música, me hace tan extrañamente melancólico?

su eco prolongado martiriza mi corazón!...

¡oh, lúgubre procesión de fantasmas queridas, ¿a dónde vais?

coro de voces desvanecidas, ¿qué murmuráis?

el cielo se hace ante mis ojos, triste y, borroso; semeja un mar, verde y, fangoso, en el cual naufragase el cadáver de un cetáceo en forma de luna, de un lívido palor;

para ellos, para los jóvenes, todo es color de oro y, púrpura, en la atmósfera feliz...

para mí, ¿qué es esta hora gris?...

¿qué hago en mi soledad, entristecido por la edad, rodeado de mis sueños inconsútiles?

¡mi Vida, es una ruina, coronada de resplandores inútiles!...

V

El azafrán de los cielos se retrata, sobre las aguas de color de plata, dormidas mansamente, bajo el azul doliente...

se diría, que en esa etérea Melancolía, se evapora el corazón del día...

el alma de la Tarde, duerme en el profundo corazón del lago, lleno del inerme halago de la Meditación; tal, el cadáver de una virgen, en una urna de cristal;

jirones de azul en el follaje, y, sobre la paz divina del paisaje,

vértigo de soledad, en la aparente inmovilidad, de la hora soñadora...

los ramajes florecidos, fingen sobre las olas,

un éxtasis de corolas; como una visión de minaretes sobre el Bósforo...

las luciérnagas en las frondasones, hacen reverberaciones de fósforo;

los perfumes de las flores se hacen mórbidos, en esa calma cataléptica;

me inclino sobre el agua extática del lago; que reproduce mi rostro fatigado, privado de todo halago;

y, por unos instantes, me veo reproducido en ese fondo de nácares flotantes;

luego... pasa un soplo de brisa; el lago se irisa; y, mi imagen palidece y, desaparece...

y, pienso, que la Vida, es como aquel lago;

un momento nos inclinamos sobre ella, y, reflejamos nuestro rostro, como el halo de una estrella...

viene el soplo de la Muerte, letal, y, desaparecemos, nos esfumamos, nos borramos del pálido cristal...

en un derroche de precipitación...

y, nuestro corazón, ha vivido lo que el corazón de una rosa, fatigada de contemplar la Noche.

VI

Sus labios malos, sus labios cruëles, repletos con las hieles de todos los conocimientos, y, el veneno extraído del corazón de todos los pensamientos, vi, la faz dura, de la edad madura, alzarse ante Mí;

como una estatua, sobre su zócalo, se alzaba sobre el sarcófago, de mi Juventud ;

esquivé su sendero, pasando lejos de su Virtud, llena de tan solemne acritud; pasé de lado, desafiando su Hado, sin oir los consejos, que ella da á los que marchamos para viejos...

y, seguí, cargado de ilusiones y, de nobles pasiones, camino de la Vida;

á empellones he llegado hasta el umbral de la Vejez;

me espanta su mudez;

ella, ¿no tiene nada qué decirme?

ella, ¿no tiene nada qué enseñarme?

¿nada qué aconsejarme?

¿nada en qué instruirme?

¿la Vejez, no es pues la Creencia?

¿la Vejez, es aún la Duda?

¿la Vejez, no es la Ciencia?

la Vejez, es muda;

la Vejez, es la Indiferencia;

¡un fantasma lamentable, sentado sobre las ruinas de una Conciencia!...

un Job espectral y, miserable, indiferente al martirio y, al consuelo...

un Job, sin gestos y, sin voces, que no interpela ya, al cielo, ni a los dioses;

un Job, sin pasiones, sin lamentaciones, sin desesperaciones...

un Job, que sonríe, sobre su basurero...

una larva feliz en su estercolero...

si eso es la Vejez, un sueño sin ensueños, sin horizontes risueños, sin cielos de tempestad y de emociones;

una zona, áfona, privada de la música viva y, convulsiva, de los huracanes y de las pasiones...

si es la Vida inerte; sin luchas y, sin altivez...

más valdría no entrar en la Vejez; y, entrar resueltamente en la Muerte...

entrar en la tumba, pero ascendiendo, por la escala de las idealidades, de Jacob, y, no, descendiendo por las asquerosas debilidades del estercolero de Job;

pero, ¿por qué no hacer de la Vejez, un asilo calmado de Ciencia y, de Arte?

y, un baluarte artillado, para las grandes batallas de la Idea?

prepararse a morir en la pelea, a morir en belleza, alta la cabeza, en la cual nuestra melena cana, tenga el divino resplandor de una mañana;

morir, guiando el carro de la Victoria, por los radiosos cielos de la Gloria.

VII

¿Por qué amo tánto extinguir todas las luces, y, sentarme luego a contemplar el fuego de mi chimenea, como si viese en sus llamas, brillar el resplandor de unos ojos amados, hace tiempo cerrados sobre el Misterio de la Eternidad?...

yo, amo la obscuridad, porque en ella veo mejor, el esplendor de los parajes de mi Soledad;

los cielos fantásticos de la Tiniebla, sirven de manto, cariñoso, para el reposo de un corazón que nada puebla;

la llama de la hoguera, parlera y, voraz, me habla de horizontes distintos, ya extintos, de cielos despoblados, y, de soles carbonizados, que no renacerán jamás...

y, todo mi Pasado, grita en mi Soledad, con un clamor desmesurado, de Mar, en la Inmensidad...

y, su voz, hecha viva, tiene la armonía imitativa de una voz humana, de la voz hermana de un amigo, que dialoga conmigo.

y, hay un vago perfume extraño, un perfume de Antaño, como venido de jardines muy remotos, que conoció mi juventud...

se siente un ruido de alas sobre un ataúd...

así, como si un buho taciturno, cruzara con sus alas pesadas, el paisaje nocturno...

VIII

No abras por completo tu corazón a la Esperanza;

teme siempre del Destino una asechanza;

no cierres por completo tu corazón a la Esperanza, que aun en la hora de mayor tiniebla, un rayo de sol avanza...

rayo de Consuelo, venido de un cielo desconocido, sobre la Desesperanza;

ni esperes, ni desesperes...

deja que se cumpla el Misterio obscuro de los seres;

la Fatalidad, es, la única Deidad, que reina sobre los hombres;

¿qué te importan sus nombres?

el Acaso, Dios, el Destino...

en todas partes escucharás su voz, siempre la encontrarás en tu camino...
y, su esclavo serás;
nada podrás contra tu Sino;
nadie puede escapar a su Destino.

IX

Yo, he oído la tempestad sobre los mares, vomitar las olas y, los truenos, sobre el débil esquife, que el naufragio cercaba;

yo, he oído el huracán sobre la Tierra, batir los flancos de la Montaña, y la espalda de las llanuras, haciendo temblar de pavor los ganados en la pampa, y, rugir de espanto los jaguares en la selva;

yo, he oído la batalla, gritar por la boca de todos sus clarines, y, la garganta de todos sus cañones, sembrando la Muerte, al paso de su guadaña segadora;

yo, he oído la Muchedumbre — el cordero con cabeza de lobo — aullar enfurecida contra el grupo de mártires que marchaban al Patíbulo,

vencidos y, agarrotados en una hora de duelo para la Libertad ;

y, he oído los gritos, los ¡hurrahs! los aplausos, de los pueblos delirantes al paso de los Amos-Vencedores, que venían a devorarlos...

y, nada he oído tan sonoro;

nada tan asordador...

tan atronador... como la voz de un corazón que grita en el Silencio :

— Yo, quiero morir!... Yo, quiero morir!...

y, es tan fácil apagar el alarido de ese león...

el ruido que puede apagar ese grito, no se escuchará tal vez a diez metros de distancia, de mi lecho...

no perturbará la alegría de las rosas, que se abren sobre mi mesa ;

no hará callar la canción de los pájaros que tocan con el ala en los cristales de mi ventana...

pero, hará callar mi corazón...

los leones duermen cuando han devorado su presa...

y, sueñan grandes victorias, con las garras crispadas sobre las carnes palpitantes...

X

Oh! mi Dolor! ¡cómo eres Santo! tal vez lo único Santo que hay en Mí;

del Alba a la Noche, yo, vivo en Ti;

¡cómo eres vasto, inmaculado y, sonoro;

yo, te adoro;

bello Dolor, humano; tan puro, como las nieves de las cimas y, los arroyos del llano;

tu contacto me lastima, pero, con una Piedad, de hermano;

del llanto que tú me haces verter, yo, me hago un manto, un manto escarlata, un manto de desafío, bordado con todas las flores del Orgullo mío; de ese mi Orgullo adorable, que para muchos me ha hecho abominable...

— « Yo sufro, yo sufro »,

siento una enorme Voluptuosidad, lanzando ese grito, frente a mi Soledad ; y, frente a frente al Infinito...

sin que nadie me vea, sin que nadie me escuche...

¿es preciso que luche por ahogarte?

no ; yo, no te asesinaré ;

no mataré mis Pasiones ;

no estrangularé mis leones ; mis fieras queridas, que han hecho de mi corazón, un refugio donde sangran sus heridas ;

con sus garras torturan mi corazón ; es Verdad ; pero, esa tortura no me espanta ; esa tortura es Santa ; ¿no veis que se llama la Voluptuosidad?

¡Santa, como la sangre que se escapa de la herida ;

¡Santa como la Muerte! y, ¡Santa como la Vida!

yo, amo el color de la sangre ; el color rojo ; el color que fulgura ;

la sangre, es fuerte, la sangre, es pura ;

en cambio, odio toda blancura ; como odio toda Tristeza ;

lo blanco carece de Belleza, lo blanco carece de color...

lo blanco es ciego ;

la blancura me da horror ;

es como una falta de fuego ; una falta de Amor ;

y, sobre todo, una falta de Dolor ;

¿ qué es la Vida sin el Dolor ?

Vivir es Sufrir ;

el Dolor, es la entraña de donde surgen todas las creaciones ; los himnos y, las lamentaciones ; los heroísmos y, las canciones ;

toda la Poesía, reside en esa entraña sombría ;

toda la Belleza del llanto ; toda la Sublimidad del Canto ; todo lo fuerte, como, la Venganza ; todo lo débil, como, la Esperanza ;

todo nace y, vive en esa entraña : el grito de los vientos en los mares, y, el grito de la Noche, en la Montaña ;

la Lujuria y, la Castidad ; la Violencia y, la Serenidad ;

todos viven en Ti ; y, van a morir en Ti ; ¡ oh, Dolor !...

. . . .

Pero, Tú ; mi Dolor !...

Tú, eres Unico...

y, magnífico
¡ Oh ! Ven, y, hiéreme y, despedázame;
Tú, eres : el Espíritu ;
Verbo Creador.

XI

Pienso con Dolor, en tánto que he vivido; en tánto que he llorado, en tánto que he sufrido, y, tánto que he luchado!...

y, pienso, aún con mayor Dolor, en la Simiente que he sembrado... sobre la estéril roca...

pronto se apagará mi Pensamiento;

y, para siempre se callará mi boca...

¡ oh, si pudiera encadenar las alas, del viento que llevó las Palabras mías!...

mi Verbo de Libertad, mis Profecías; todo aquello que dije al oído de los Hombres y, de las Naciones!...

todo... hasta las canciones, que dije, al oído de un Amor nunca sentido;

todo lo quisiera recoger, y, llevarlo conmigo al sepulcro amigo

y, borrar las huellas de todo mi Pasado, en los largos senderos que he recorrido;

las huellas de lo que he sido...

las huellas de mis plantas, y, las de mis gritos;

las de mis acciones y, las de mis escritos;

las de mi Vida, las de mi acento;

las huellas de mi Palabra, y, las de mi Pensamiento...

las huellas de todo lo que he vivido...

y, de las rosas del Silencio, coronado, tener una Inmortalidad: la del Olvido;

y, la tendré;

yo, no he matado;

yo, no he robado;

yo, no he tracionado;

yo, no he mentido;

yo, no he esclavizado;

yo, no he oprimido...

yo, no fuí un César...

yo, no fuí un bandido;

yo, no fuí un esclavo;

yo, no fuí un tirano;

tengo derecho al Olvido del Linaje Humano; lo reclamo para Mí;
lo he conquistado, con el solo hecho de ser: un Hombre Honrado.

XII

La Vida en sus días últimos, cuando se llega al límite, por un decreto íntimo de nuestra Voluntad, tiene horas proféticas ;

á su irradiación magnífica, se ven sus senderos como á una luz mágica de luceros, llenos de una calma sideral...

en un vuelo retrospectivo, de visiones lúcidas ;

el vuelo último, de las águilas en el Crepúsculo.,.

¡oh, dulce, oh, bella, oh, suave Calma Señorial !..

Tú eres el Pórtico del Templo Inmaterial ;

del Templo de los Símbolos...

¡oh, aurora de los límites del vago mundo Irreal...

y, de los cielos último...

¡Salud Calma Triunfal!

XIII

El agua no me tienta, para morir en ella, el agua quieta, el agua lenta...

aunque sea muy bella, no me atrae, no me fascina, su alma de cristal, su alma divina...

amo la Melancolía de los bosques, cuando muere el día ;

es a su sombra, sobre su alfombra, que yo quisiera morir...

morir, mirando el cielo vacío, de donde el reflejo de Dios, no baja sobre el espíritu mío...

morir en esa calma vegetal, contemplando en la sombra autumnal del lago — por última vez — mi perfil vago, lleno de la altivez de una Suprema Serenidad...

morir por el gesto propicio de las únicas manos dignas de celebrar ese Sacrificio ;

las manos mías ; mis manos puras ; mis manos pías ; que acarician llenas de ternuras, el brillante cañón de una pistola...

contemplar la tarde doliente y, sola ;

y caer inerte, helado por el beso de la Muerte ; a la sombra amiga de un rosal... en la pompa exquisita de la Tarde triunfal...

¡ qué bello debe ser eso !

¡ Oh, beso ! ¡ beso inerte !

¡ Oh, Santo beso de la Muerte !...

por gozarte mi corazón desesperado arde ;

¿ te buscaré en el seno de los bosques ?

¿ te buscaré en el alma de la Tarde ?...

XIV

¡Ah, la Canción de la Muerte, que la Muerte nos canta en una lengua extraña!

¡Ah, el Deseo de la Muerte, que tiembla en nuestro corazón, como un dardo clavado en una entraña;

¡ah, el Rostro de la Muerte, la Hermana de la Vida, ese rostro que brilla sobre los más altos cielos, rostro sin lágrimas ni duelos; el rostro de nuestra última querida;

¡ah, el Amor de la Muerte, con el seno lleno de sus eternas emociones; el Amor, sin traiciones y, sin veneno; el Amor que no mata, el Amor que no hiere; el Amor, que no acaba; el Amor, que no muere;

¡ oh, la Muerte coronada de violetas pensativas!... ;

¡ oh, los lirios de la Muerte, entre sus grandes manos esquivas !...

¡ oh, los labios de la Muerte, las dos alas del Silencio, que nos llaman, y, nos cantan el encanto de su beso, de su beso inescrutable, que es el sello de lo Eterno !... ;

¡ oh, los ojos de la Muerte, las hogueras del Deseo ! ¡ cómo brillan con las luces de una Aurora muy remota, que es la Aurora del Misterio !...

¡ cómo son incitantes ! ¡ cómo son desesperantes!...

nos atraen, nos fascinan, nos someten a su Imperio;

¡ oh, la Obsesión de la Muerte, tan calmada, tan serena, pero tan invencible !...

no hay ojos de Mujer, no hay labios de Mujer, no hay cabellera de Mujer, no hay seno de Mujer, no hay manos de Mujer, que tengan el fulgor, el perfume, el encanto, el calor y, la ternura, de esta atractiva, tentadora y, tenaz Visión de la Muerte ;

al fin nos devora, la Divina Soñadora, y vamos

a ella por nuestra propia Voluntad, llenos de la sublime ebriedad de un pájaro, que disuelve sus cantos en el Seno de la Aurora...

la Muerte es la Suprema Voluptuosidad...

en el beso de la Muerte, se encierra, toda la Lujuria de los cielos y, toda la Lujuria de la Tierra.

por eso es bella...

la Muerte, es como la Satiriasis de una estrella.

XV

La Tarde vencida, como una Esperanza por un gran duelo asesinada, llenaba el parque antiguo, con la gran desolación de su mirada;

sobre el follaje ambiguo, que fingía mosaicos de terciopelos arcaicos, el oro de la luz hacía blondeces, sobre las cuales, destacaba el obscuro verdor de los cipreses...

hora incierta y letal, oprimida de perfumes y, de presentimientos;

había acentos de derrota en la Sinfonía vegetal de la Naturaleza...

en la Ilusión precaria de las cosas, gemían los secretos de la Tristeza, en el alma solitaria de las rosas...

había estremecimientos en el cristal del lago,

pálidamente vago, pálidamente rosa, donde el agua limosa, tenía tonos violentos hacia el fondo, en lo más hondo, que parecía turbado por los pensamientos del día, que lentamente desaparecía...

los cisnes, yacían quietos; ¡enigmas pensativos!... parecían en la sombra, como un geranio en flor,... crepúsculos inciertos hidratizaban sus alas, y, eran como los ópalos de una imperial diadema, que el alma de la Noche se ceñía;...

había, mucho azul, en el cielo, polveado de cenizas de oro hacia el Poniente;

bajo el lánguido cielo hipnotizante, se oían rumorear las hojas quietas;

los párpados martirizados por las violetas de la Agonía, el Sol, cerraba los ojos, y moría..... sus ojos, que parecían falenos; llenos, de estupefacción;

la calma de la hora, era mórbida, con una morbidez de Histeria;

una miseria de Crucifixión, había en ese Calvario, donde agonizaba la Tarde, colgada de la cruz de su desastre;

galeras sin lastre, galeras de ópalo, corriendo hacia el naufragio, parecían las nubes;

y, sin embargo, en ese nubifragio, había gestos de Amor; de un Amor ideal, que se diseñaba sobre la campiña vaga, enrojecida por la Tarde homicida, llena de furores mudos, cuyos brazos desnudos, después de haber estrangulado el Sol, se tendían hacia el último arrebol, en un largo gesto infanticida...

la luna, aparecía, como el cadáver de un suicida, colgada en la horca de la Noche...

había un derroche de hostilidades, en el jardín, lentamente invadido por inquietantes tenebrosidades...

. . . .

un leve grito cruzó el espacio, como el vuelo de un pájaro en la sombra...

se escuchó, el ruido de un cuerpo, que caía sobre la alfombra de hojas del bosque...

los últimos paseantes, acudieron presurosos...

retrocedieron miedosos...

una mujer yacía en el suelo, la sien atravesada por una bala...

había aún estremecimientos de ala, en su cuerpo, que bien pronto se hizo rígido...

del témpano pálido corría un hilo de sangre, suavemente, y, descendía hasta el cuello...

sobre el rostro bello, de una inenarrable belleza, no había una sombra de tristeza;

sólo los labios tenían un rictus malo...

el halo, de la cabellera, le hacía una como cimera dorada, en la cual se enredaban los últimos hilos de la luz, que filtraba a través del ramaje, vesperal...

se diría una rosa animal, caída sobre el follaje, y, abierta en la Noche...

era como el broche taciturno de un lis, abierto en el paisaje nocturno...

el Agente, que había acudido a la llamada de la gente, hizo detener un automóvil, y, piadosamente, condujeron a él, el cuerpo inmóvil;

brazos piadosos ayudaban; y, cuando ya lo colocaban adentro, sintieron algo que rodaba sobre el suelo, y, oyeron un débil vagido...

era un niño, que había nacido de las entrañas de esa madre muerta.

lo pusieron cerca de ella, y, partió el coche, en el corazón de la Noche, llena de un alarido salvaje...

. . . .

desde entonces vengo, lleno de obsesiones, buscador perpetuo de las emociones, al paraje umbrío, donde vi morir, ese lis del río, rosa de zafir, que mató la pena...

cuando el aire, llena con su melodia, del final del día, la triste alameda y, la brisa leda, dice sinfonías de melancolías...

yo, vengo al paraje, y, sobre el follaje, que sirvió de lecho a aquella suicida, yo, extiendo mi cuerpo, y, abro la herida de mi corazón...

y, sobre la tierra que fué humedecida por la sangre ardiente que allí fué vertida, yo, pongo mis labios, cual si aquellas hojas otros labios fueran, que me besaran, y, me acariciaran y, me respondieran y, que me dijeran, con su voz inerte, con su ritmo lento, el *por qué* de este Amor de Muerte, de este sentimiento, tan rudo y violento, que yo llevo en Mí...

¡fantasma divino de aquella suicida que hallé, en mi camino, y, que dió su Vida, tan cerca de mí!...

¡gloriosa Vencida, que tan cerca ví, romper su corona de punzantes lirios...

sus martirios, su corona...

todo en ella me obsesiona;

me obsesiona tenazmente... brutalmente, como el Sueño de un demente...

es la Imagen de la Muerte, que en su cuerpo se encarnó...

de la Muerte, tan llamada, de la Muerte, tan deseada, de la Muerte, que amo yo...

divino fantasma de la Muerte; fantasma de las horas tenebrosas...

yo, vengo al Bosque, a traerte rosas, olorosas, voluptuosas;

de este Sitio, yo, he hecho un altar...

aquí vengo a exacerbar mis obsesiones... oyendo la música ilusoria de mis emociones ..

y, cuando la tarde ha muerto;

como si entrase en un desierto; yo, entro en la Ciudad...

y, pensando en el paraje amigo que acabo de dejar, me digo :

¿por qué no fué esta tarde?

¿será otra tarde?

y, turbado, oigo la voz del Reproche, que me grita por la boca de la Noche :

¡Cobarde!

¡Cobarde!

¡Cobarde!...

y, pienso que para morir, siempre es tarde...

¡demasiado tarde!...

XVI

Uno, a uno, van los días;

y todos juntos;

una, a una, van las noches; y todas juntas se van...

como un vuelo de cigüeñas, en la paz del horizonte...

hacia la tumba...

hacia el Alba, que se oculta castamente, tras de la ceja del monte...

¡oh! dulce voto de morir!...

¡cómo a tu voz se marcha dulcemente en las tinieblas!...

morir... morir... morir...

¡qué enorme Voluptuosidad, hay en este decir!;

esa palabra tiene, la inexpresable plenitud de un Mar...

morir;... es como si se dijera; besar... besar... besar...

morir... ¡cómo tiemblan los labios al decir *eso!*...

tiemblan, con la divina sensación de un beso.

XVII

Mañana, cuando yo muera, poned mi cuerpo, — desnudo, como a la Tierra vino — en una caja de madera, de pino, sin barniz, sin forros, sin adornos vanos, de necia ostentación, colocad mi pluma entre mis manos, y, el retrato de mi madre sobre mi corazón;

empujad la caja mortuoria, hacia la gran hoguera crematoria (1);

cuando las llamas me hayan devorado, tomad lo que de mis cenizas haya quedado, y, colocadlo piadosamente en el Columbario...

poned sobre el cenotafio, únicamente este epitafio :

(1) Vargas Vila, tiene la esperanza de morir en una Ciudad civilizada, donde la incineración sea permitida.

VARGAS VILA

Panfletario (1).

después...

alejaos, vuestra misión cumplida, y, dejadme ser en Muerte, lo que he sido en Vida :

Un Solitario.

(1) No es que Vargas Vila, no tenga la conciencia y, el orgullo, de su obra de Periodista, de Novelista, de Historiador, de Escritor de Arte y, de Filosofía, de todo lo que constituye su personalidad múltiple, de Apóstol y de Tribuno ; pero, es bajo ese epíteto de *Panfletario*, que quiere dormir en su tumba, como bajo una bandera de guerra; las otras faces de su múltiple Vida Intelectual, le han dado amistades, admiraciones, Gloria, y, hasta dinero...

su faz de *Panfletario*, no le ha dado sino persecuciones, enemigos, destierros, miserias y, calumnias; es por eso, que la ama por sobre todos los otros aspectos de su Vida de Escritor...

como Periodista, como Novelista, como Literato, pudo tener rivales, y, tuvo discípulos; como *Panfletario*, o, dicho mejor, como LIBELISTA, no tuvo nadie al lado de él, ni por encima de él : fué *Unico*...

la Admiración de su época, otros pudieron compartirla con él;

los odios que inspiró, fueron patrimonio de él, solo...

¡hasta en eso, le tocó ser un solitario!...

abandona voluntario al juicio de la Posteridad, todas las faces de su Vida, que pudieron traerle amigos y admiradores...

solo reclama para su tumba, esa, que no le trajo sino enemigos y, detractores...

es en el manto rojo de LIBELISTA, que quiere, dormir, envuelto, como en una clámide, teniendo por cabecera el *Odio de los Hombres*...

XVIII

Hay una acre, una Señorial Melancolía, en esta hora sombría, de brumas sin colores, en que bajo el Sol apagado del Orgullo, se desborda el río de los dolores...

en el resplandor rojo que la circunda, como un rocío de sangre, que cae y, que la inunda, asoma el pálido rostro de la Muerte;

en su belleza inerte, se creería ver el rostro de Ofelia;

una luna de Enero, fundida en la palidez de una camelia;

un cirio tenue cuya luz de fósforo, riela en las ondas lánguidas del Bósforo;

es la hora esplinética, la hora frenética, en que sentimos que la Vida nos expulsa, con su

mano convulsa, fuera de los límites de su Imperio;

yo, amo prolongar los debates voluptuosos, de esa última hora, suave y, consoladora, Madre fecunda de todos los reposos;

sé que ese ha de Ser mi último Exilio...

mi último viaje; intempestivo y, sin auxilio, a los lejanos países del Misterio...

yo, amo ese camino solitario, adoro ese éxodo voluntario, y, divino, hacia la costa sagrada e invisible;

todo es preferible a la Vida, brutal, a su Imperio, animal, ciego y, devastador...

¡escapar a las manos del Dolor!...

escapar a las manos de la Pena!...

romper esa cadena, que nos ata a la Vida!...

dejarla despedazada, vencida!...

y, desafiar a Dios, diciéndole :

¿eres Omnipotente?

impídeme morir...

no lo podrás...

rompo tu yugo falaz;

violo tu Voluntad inclemente;

me río del imperio de tus leyes...

¡oh! Rey de los reyes!...

¿tú, no quieres que muera? pues yo muero...

mi querer altanero, puede más que tú;

yo, soy un Hombre Libre...

después que yo haya muerto, ¿qué me importa que tu anatema vibre?

si el rayo de tu cólera zumba;

será un rayo caído en el Desierto...

¿qué podrá tu cólera contra un muerto, hecho polvo en el polvo de la tumba?...

el muerto reirá de tí;

aislado en tu divina Insolencia; ¿qué dirás de la sonrisa de ese puñado de ceniza, que ríe de tu Omnipotencia?...

ÍNDICE

PARÍS — IMPRENTA DE LA VDA DE CH. BOURET